Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX | San José, Costa Rica **1930** Sábado 1.º de Febrero | Núm. 5

Año XI. No. 477

SUMARIO

Una evolución ejemplar

En la muerte de Gómez de Baquero

=De *El Sol*. Madrid=



Andrenio

Nos duele que se haya ido Gómez de Baquero, gran amigo de nuestra América. Recibía con frecuencia, y lo estimaba, este semanario, del que se expresó en términos muy comprensivos y halagüeños en el artículo Las dos Américas. Revistas Americanas. *(Véase el* Repertorio *No. 24 del tomo VII). Lo quisimos, lo leímos con gusto y provecho. Prueba de ello son los numerosos artículos de E. Gómez de Baquero, o* Andrenio *(que de ambos modos firmaba el insigne escritor) incluidos en los 20 tomos del* Rep. Am.

CADA día más radical y con la camisa más limpia»..., decía de sí mismo, en su ancianidad luminosa, D. Francisco Giner de los Ríos. Era el maestro, en efecto, cada vez más avanzado, cada vez más comedido, más respetuoso, de mayor delicadeza en la expresión de sus propias opiniones y de más exquisita tolerancia para las opiniones ajenas. Cada vez más exaltado, más apasionado por los ideales, y cada vez más sereno, menos violento, más comprensivo ante el ritmo histórico de las realizaciones humanas.

Como Giner, a quien tanto admiraba, también Gómez de Baquero, nuestro llorado amigo, cada día con la camisa más limpia, ha sido más radical cada día, hasta el último de su noble existencia. Bajo la nítida pechera palpitaba un corazón que, de año en año, iba siendo cada vez más juvenil y más libre, más audaz en la visión de los progresos políticos y de las transformaciones sociales. Bajo el blanco guante, la mano marfileña de sexagenario señalaba, con mayor entusiasmo cada vez, los anhelos de vanguardia, los caminos del porvenir. Cada día su estilo honraba más a la Academia, y su pensamiento vibraba mejor en el ágora popular.

Nos parece verle todavía, fino, pulcro, atildado, siempre cortés en sus maneras, siempre amable en su trato, con el porte de un *gentleman* inglés, con el atractivo de un *causeur* francés, con la señoril llaneza de un hidalgo español. Bajo la frente calva, el rostro afable de Gómez de Baquero se iluminaba con una sonrisa expresiva, en la que había mucho de inteligencia, mucho de bondad y un poco también de melancolía...

Se iniciaba el diálogo. Baquero hablaba a media voz. Suavemente, discretamente, como quien nada dice, iba apuntando ideas, ideas cada vez más radicales... «Cada día más radical»...

Nacido a la vida pública con la Restauración, Gómez de Baquero empezó siendo conservador. Escribía en *La Epoca*. Luego, aunque sin hacer política activa, principió su evolución y se situó en las filas liberales. Más tarde, siguió evolucionando hacia la izquierda. Ya su espíritu no encajaba bien en los partidos monárquicos, y el admirable publicista, al comenzar la senectud, fué «una libre lanza» al servicio de las campañas más democráticas. Después, mostró sus simpatías y preferencias por la República. Al final, el antiguo redactor de *La Epoca* se hallaba ya muy cerca del socialismo.

En estos últimos años, bajo el régimen de dictadura, hubo de hacer declaraciones tres o cuatro veces, respondiendo a diversas encuestas periodísticas. Siempre sus declaraciones últimas eran las más avanzadas. Recordemos, por ejemplo, las publicadas el año pasado en *A B C*: «Yo pongo mi ideal en el extremo opuesto, en una democracia con todas sus consecuencias: desde la forma de Gobierno a la secularización del Estado y a la política socialista templada como la de los socialistas franceses y alemanes y los laboristas ingleses; en una democracia que no se deje atracar, que se defienda, si es menester, a la mejicana.»

¡Cada día más radical!... Baquero, en la vejez, firma esas declaraciones que seguramente no habría suscrito en la juventud. Al final de ese párrafo, hasta la moderada ecuanimidad de la prosa parece rasgarse un instante con el súbito fulgor de un fogonazo... En su espléndido veranillo de San Martín, el alma liberal de Gómez de Baquero se sentía encendida por un sol más ardiente que el que iluminó sus pasadas jornadas estivales.

¡Cuántos realizan su evolución a la inversa! El fogonazo es a los veinte años y, poco a poco, de la llama de generoso idealismo no quedan más que las cenizas. Muchos que a los veinte años fueron radicales, radicalísimos, son a los treinta sensatos burgueses con un tenue barniz liberal; a los cuarenta, conservadores, y a los cincuenta, reaccionarios. El caso es tan frecuente que ese proceso pasa por ser la evolución normal.

Podrá serlo, acaso, para los temperamentos perezosos y los espíritus egoístas. La vida enseña... Y una de las lecciones que primero se aprenden es la de que empeñarse en que las cosas sean como debieran ser resulta mucho más incómodo que tomarlas sencillamente como son.

Pero, en cambio, los hombres que de veras sintieron esa extraña y absorbente pasión que se llama el amor a las ideas tienen que ir haciéndose cada día más radicales. Porque radical es el que va a la raíz. Y los años, al pasar veloces, nos desengañan de la fútil hojarasca que brota y cae, de las consideraciones momentáneas, de las componendas circunstanciales, y nos adentran cada vez más en el valor de los grandes principios: la verdad emancipadora, la libertad humana, la justicia social, que son la eterna raíz de todo florecer venidero...

Cada día más radical el fondo, más limpia cada día la impecable forma literaria, alcanzó Baquero en su madurez, bajo la movilidad del

polemista, la augusta serenidad del filósofo. Al renunciar al merecido homenaje que sus admiradores deseaban tributarle, veía en él, con la reflexiva sonrisa del sabio, el coronamiento de una vida, y por lo tanto, la proximidad de la muerte. Es la banderita que se pone sobre el tejado cuando ya está concluído el edificio... Aceptó sólo la intención, porque —como dijo en *La Voz*—«lo mejor de las cosas es la víspera». ¿Tristeza? Un poco de tristeza; no mucha, «porque el premio de la vida—añadió—es aprender a contemplar con serenidad el fin de las cosas, la fuga de todo lo efímero»...

Ese homenaje. que declinó en vida, surgirá ahora espontáneamente de toda España. Homenaje de gratitud al maestro, de admiración al artista; que artista y maestro juntamente fué el gran escritor. Y a la admiración y el agradecimiento por las enseñanzas recibidas, se unirá alguna furtiva lágrima, en recuerdo del varón justo y bueno, como la que a duras penas podíamos contener nosotros al mirar sobre su mesa, en la estancia vacía, unas cuartillas en blanco...

Luis de Zulueta

Mujeres

Dolor de Amaranta...

Andrenio ya no está con nosotros—¡buen acierto esta vez, mi señora la Muerte! ¡Buena presa esta última, presa de la gran Codiciosa!—. *Andrenio* ya no está. Como dice el más claro poeta de América, «se fué antes»...

Se recuerda hoy a *Andrenio*. Mas no. Antes del ulterior recordar («volver al corazón») que vendrá después se ama hoy a *Andrenio*, bien lleno aún de él el corazón, de donde no ha salido. Se habla, sí, de *Andrenio* insistentemente, como de los seres queridos que se van lejos, para no perderlo tan del todo, para retenerlo aún en la malla estrecha del parloteo cotidiano. Se llora, sí, a *Andrenio*... Los que vivieron en torno a su figura fina y pulcra, a su palabra suave y aguda, a su charla mesurada, ágil y fecunda, como aquellos a quienes sólo desde la distancia llegó el resplandor vivo de su espíritu luminoso. No hay sino unanimidad en llorarlo. Se le llora por igual en Castilla y en Cataluña, donde vivió poco y sin embargo, se le quiso, se le quiere mucho. Se llora sí, a *Andrenio* Por mujer y por amiga le llora sobre todos y más que nadie Amaranta...

¡Amaranta! No es posible acercarse a la obra copiosa y aún no recogida de *Andrenio* sin ponerse al alcance de la caricia ese libro menudo y gentil, todo él «lleno de gracia», de emoción y de espíritu, en que la figura de Amaranta se dibuja delicadamente a través de la prosa de maravilla del maestro. ¿Cómo será—nos preguntamos con esta bendición de curiosidad que no es ciertamente lo peor de nuestro femenil patrimonio—, cómo será esta Amaranta de las *Cartas a Amaranta* de *Andrenio?* Y he aquí que, sin pretendido retrato físico ni moral, pictórico ni literario, a que recurrir, y sin que en el librito—diálogo del que sólo nos es dado escuchar una voz—se incluya ni una frase de la dama que le da nombre a medida que nos intrincamos en la lectura, de entre las líneas apretadas de estos capítulos que un día fueron artículos periodísticos van surgiendo acusados, limpios, trasparentes, definitivos, rostro, perfil, figura, ademán, voz, palabra, espíritu de la desconocida interlocutora...

¿Cómo es Amaranta?... Amaranta es grácil y esbelta, de una belleza mesurada, de una elegancia estricta, refinadísima, pero nada ostentosa. Tiene la boca algo grande, toda brillo de marfil y grana, y en los ojos le danza una chispa burlona... Amaranta pertenece por su cuna, por su posición, al gran mundo...; pero de su sonrisa irónica, inteligente, no se salva ese mundo..., que ella sabe muy bien que no es tan grande. Amaranta ama todas las bellas cosas que a manos llenas le ofrece la vida, desde la joya y la flor y la golosina primorosa y el perfume caro a la talla y el lienzo y el poema y la sonata... De los sabios le aburre un poco la solemnidad y el dogmatismo; pero ama no menos que a sus otros deportes dilectos el difícil deporte de la sabiduría... Amaranta sabe reír con espíritu, conversar de cosas amables, crear en torno ambiente de feminidad exquisita, ni pretenciosa ni vulgar, ni oscura, ni pedante... Sabe también dar valor pleno al concepto de amistad, que entre hombre y mujer tiene siempre el incentivo pícaro y gustoso del «podría ser»..., que en bien de la amistad hay que luchar por que «no sea»... Amaranta comprende y posee la rara ciencia de escuchar, ciencia difícil.

Así, al menos, a través de las *Cartas a Amaranta*, la protagonista no descrita por el autor, se nos aparece. Ahora—los años han pasado desde que en los periódicos aparecieron esas cartas de *Andrenio*—, entre la *mise en plis* de las sienes de Amaranta, añadiéndole elegancia y sin quitarle gracia ni casi juventud, lucen unas no disfrazadas, casi coquetas canas, que «más que nieve de años—la frase es del propio *Andrenio*—parecen cenizas de incendios sentimentales»... Y hoy la sonrisa ha huído de los labios de Amaranta. Por vez primera la vemos desnuda de aquella su serenidad exquisita. Se fué el amigo; se fué antes... Contemplemos en emoción el dolor de Amaranta.

* * *

¿Quién es en realidad la Amaranta de las *Cartas* de *Andrenio?* El mismo nos lo dice en la primera de ellas: «Para usted tuvieron (las cartas) cuando las proyectamos el pensamiento generoso de pensar en otras mujeres, de aparecer en ellas—si pudieran ser como las soñamos—«no como una mujer, sino como un símbolo o emblema de su sexo», que en estos turbados y ambiguos tiempos en que nos ha sido dada la vida anda buscando sus nuevos destinos y cae a veces en el error de pedir la ciudadanía en los foros de las repúblicas antes de alcanzarla en la ciudad mística del espíritu». Para nosotras todas se escribieron, pues, las *Cartas a Amaranta*, en que esa mística ciudad espiritual se recorre. *Andrenio* habla en ellas a su amiga de poesía, de erudición, de teatros, de costumbres, de libros, de arte, a veces—raras—de vagos anhelos sentimentales, de filología, de feminismo («soy un feminista antiguo, casi de abolengo podría decir—copio al azar de la carta XIII—, considerando mi juventud lejana como a un antepasado. Cuando preparaba mi tesis de doctor, elegí por tema la evolución histórica de la condición jurídica de la mujer... Por el apetito insaciable de citas de libros que tiene el que acaba de recibir el baño de ciencia universitario y lo ha tomado en serio, yo hubiese querido entonces abarcarlo todo, desde el matriarcado y la ginecocracia primitivos hasta las modernas disputas de la emancipación femenina, consultar a la Fisiología y a la Historia, al folklore y a los más graves filósofos. Varias veces, en el curso de ese trabajo, me hice feminista y dejé de serlo. Al final estaba en una posición ecléctica. La experiencia de la vida me ha hecho después feminista; pero mi culto a la mujer me hace serlo con prudencia»). Hay una carta dedicada a las rosas; otra a la poesía del fogón; varias, al «destino de la lengua»; alguna, a «los textos y la erudición». Y hay en todo el libro—«libro pequeño, manuable, compañero del hombre», como al maestro le gustaban—un tono de emoción serena, de contenida ternura, de ponderada gracia, que da verosimilitud al intento de haberse escrito las cartas—el libro—para una mujer, para las mujeres.

Para ella, para nosotros, ¡qué importa! Acaso desencanta un poco imaginar que no haya existido una Amaranta verdadera, real, un mucho amiga y un poquito amada. Imaginémosla así... o de otro modo; pero imaginémosla ahora, hoy, desecha en llanto. Y lloremos con ella. Hagamos nuestro este punzante y justo dolor de Amaranta.

María Luz Morales

(*El Sol*. Madrid).

Retrato de Bolívar

=De la obra *Indice de la Nueva Poesía Americana*. Sociedad de Publicaciones EL INCA. Buenos Aires, MCMXXVI=

Cual sujeto con clavos
sobre el potro alazán,
—da lo mismo que negro
o colorado o verde, señor historiador—
le contemplo a través de una vidriera
de casi un siglo.

Era quizá
distinto de cual yo lo veo,
pero era así.

Parecían sus ojos
dos inmensos tornillos
que se incrustaban en el aire.
Cierta vez
agujereó con su mirada el cielo
y miró lo infinito cara a cara.
¡Oh, qué frío!
¡Oh, qué frío de horror debió sentir
el pobre dios
al ver que atravesaba las paredes
de su regio palacio
el tornillo de luz de esa mirada!

La fina oreja
sabía escuchar,
en medio mismo de la algarabía,
las silenciosas voces del silencio.
¡Hasta las palabras
que no llegaron a ser dichas nunca
las oyó aquel oído!

El paso era tan seriamente firme
que allá, bajo la tierra,
los muertos sentirían, de seguro,
sensación semejante
a la que los vivos sentimos
cuando alguien golpea el suelo
con talones de plomo
en el piso de arriba...

¿Con qué hecha estaría la frente
de este varón, que un día
saltaron chispas de ella?
De tal manera incendió
de libertario republicanismo
los suramericanos bosques vírgenes.

¿La estatura?
No se ha podido precisar;
variaba
según las emociones de su espiritu.
Unas veces dos metros,
otras quinientos, otras...
(¡toda medida hubiese sido corta
para medir el tamaño de este hombre
cuando pensaba en libertar América!)

El Océano Pacífico
era manso y discreto.
Así lo hallaron los conquistadores,
¡que lo diga Balboa!
pero una vez el héroe en sus aguas
fué a quitarse los fuegos del verano.
Como se iba adentrando entre las olas,
redoblaba el latir su corazón,
hasta que de repente
todo el océano se llenó de ruido.
Desde entonces
el mar, por imitar aquella música,
voluptuosa y salvaje,
ruge contra la arena de la playa.



Bolívar

Madera de *Amighetti.*

En la vaina de algún antepasado
—exiguo molde para un gran proyecto—
fundió un rayo de sol:
así su espada
que, por el sol, sabía defenderla
de la sombra escondida entre las sombras.

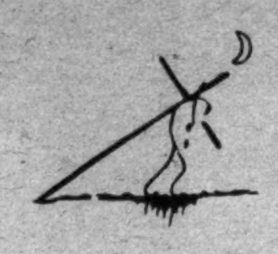
¡Y la marcha
desde las llanuras del Norte
hasta los altiplanos del Sur!
¿Cómo pudo
conducir sus ejércitos en un
tiempo en que la civilización
todavía no lo era?
Bajo la omnipotencia de sus pies
los Andes,
enchufándose en sí mismos,
se encogían a extremo
de ponerse a nivel con la planicie:
por sobre ellos llevaba sus soldados
del uno al otro lado de la América

(He ahí el retrato
de uno de los dos hombres
más grandes de la creación.
He puesto
las líneas generales.
Le faltan
un poco de retoque,
alguna sombra,
un plano
de luz,
un pincelazo
donde esté débil el color.
Autorizo a un pintor del año
2021 a que lo acabe.
¡Ah!, el otro hombre se llama Jesucristo).

Alberto Hidalgo

Quetzalcoatl

= De *Atenea*. Concepción. Chile. =



El de Quetzalcoatl es el más importante de todos los mitos americanos. Tierras atrasadas para la civilización éstas del Nuevo Mundo, se quedaron salvajes no obstante que el Asia y el Africa y Europa llevaban ya milenios de cultura cuando el descubrimiento. Y por eso se hacía sentir aquella ansia mal expresada; ansia de ascenso que inquieta las almas, aún a las más depravadas.

En toda la América se hacía sentir el anhelo, pero es en México y más particularmente en Anahuac donde se hacen más agudos y donde encuentran por lo mismo expresiones más claras los problemas del Continente. Y México formuló en los ensueños de la mitología azteca el doble símbolo, resumen de todo el misterio de los destinos. Quetzalcoatl y Huitzilopochtli. Pero venció Huitzilopochtli y a Huitzilopochtli se elevaron templos y a Huitzilopochtli se ofrendaron víctimas y entonces Quetzalcoatl emigra. Quetzalcoatl no sabe transigir, ni debe transigir, por eso se impone o emigra. Y no hablo de los casos en que lo matan o lo crucifican o lo asesinan, porque Quetzalcoatl es inmortal y resucita después de cada asesinato, después de cada crucifixión. Y sólo se hunden para no resucitar jamás los asesinos y los crucificadores de Quetzalcoatl.

Pero también sucede que así que Quetzalcoatl abandona a sus pueblos, los desampara. No es Quetzalcoatl quien sufre el ostracismo, porque dondequiera lleva Quetzalcoatl la cauda de su marcha y el aura del alma lo rodea como de un nimbo. Y al contrario son los pueblos los que padecen desconcierto y oscuridad después de cada viaje de Quetzalcoatl. Y además de eso el azote, la guerra, el exterminio, la persecución. Después de la crucifixión de Quetzalcoatl Jesús, los judíos se quedan para siempre sin patria dispersos por el mundo. Y sólo cuando logran disipar en su corazón las sombras del odio, los judíos dispersos se suelen sentir superiores, porque ellos, como el verdadero cristiano, sólo tienen una patria, el mundo y para nada les afecta ni el destierro ni la persecución ni la injusticia ni la iniquidad. Tal y como nada de esto afecta a Quetzalcoatl.

Cuando los aztecas despidieron, licenciaron, expulsaron a Quetzalcoatl, no hubo ninguna catástrofe inmediata. Sólo se vió que los templos de Huitzilopochtli crecían. Y los discípulos indefensos de Quetzalcoatl veían correr su propia sangre sobre los altares del enemigo Huitzilopochtli. Y las crónicas aztecas hablan todavía de la grandeza de aquellos reyes que mantenían colmada la sed de sangre del Dios Rojo. Y los brazos se fatigaban de matar. Y los brazos se hinchaban de tanto matar. Pero hay no sé qué ponzoña en la sangre, ponzoña que lleva su contagio hasta el brazo que hiere. Pues siempre se observa que el brazo que hiere es menos fuerte que el brazo que ampara. Y aquellos brazos de los guerreros que se habían hinchado en la matanza de los cautivos, no fueron capaces de contener el golpe de los brazos vengadores de los castellanos.

Y los aztecas han quedado, hemos quedado, no dispersos por el mundo, pero sí castigados, humillados en nuestra propia nación que es sierva del extranjero. Y creemos haber vencido a Quetzalcoatl y se cantan las preces de Huitzilopochtli, pero Quetzalcoatl invencible se limita a ausentarse. Quetzalcoatl no muere, se ausenta. Se ausentó de nuevo el día en que matamos al Presidente Madero, la aparición más reciente del Dios del amor y el bien. Perdió una nueva batalla Quetzalcoatl en la persona de Francisco Madero, pero puede volver, puede retornar una y cien veces Quetzalcoatl; sólo que mientras no se le acoja y mientras no se le obedezca será inútil su retorno, Y sus nuevos sacrificios servirán tan sólo para agravar la suerte de los aztecas contemporáneos. Quetzalcoatl no transige; o gobierna y manda o se va y no importa que lo despidan como a Quetzalcoatl legendario en una barca que se pierde en la línea en que se junta el cielo con el mar, según la frase de la leyenda. Ya sea que lo embarquen por el mar o ya sea que lo ametrallen, primero y lo sepulten después, muchos metros bajo la tierra, Quetzalcoatl se va luminoso siempre, por las aguas o por el viento, siempre inmortal. Pero las calamidades vuelven renovadas después de cada uno de los destierros y las ausencias de Quetzalcoatl.

La tierra argentina sufrió una de estas largas ausencias del Dios de la Civilización. Allí también la espada hería sin tregua y el más fuerte o el más astuto proclamaban victorias efímeras; y el extranjero acechaba, rodeaba los puertos de la Nación Argentina. Pero Quetzalcoatl tantas veces expulsado de México se fué por el Sur y llegó por el mar a la región del Plata y encarnó en un hombre rudo y bueno. Y el hombre se puso a estudiar y vió la injusticia y empezó a denunciarla y lo persiguieron los esbirros y lo condenaron los poderosos y huyeron de él los cobardes. Y el hombre bueno, Sarmiento, se puso a vagar y se fué por el mundo y no transigió con el mal y retornó como se fué, inflexible. Y en medio de los generales se vistió de maestro de escuela y sus prédicas fructificaron. Y la nación argentina le dió aquello sin lo cual no es posible ni civilizar ni educar, le dió el mando. Y de entonces procede el apotegma argentino que dice: gobernar es educar. Pero el educador no ha de ser siervo y sí mandatario. Y la Argentina, nación de pastores, se puso en seis décadas en la primera fila de los pueblos del mundo. Y todavía no se apaga del todo en el Sur la antorcha de Quetzalcoatl Sarmiento.

Y es ahora la patria de Quetzalcoatl Sarmiento la única de habla española que puede erguirse con éxito en frente del imperialismo y de la agresión. Y esto porque la civilización sólo se combate con civilización. Y todo porque es el brazo que ampara y no el brazo que hiere el que defiende a las patrias.

Quetzalcoatl siempre vuelve y parece que vuelve con más insistencia, precisamente a aquellos sitios donde ha sido más sonada su derrota. Y eso no por testarudez sino porque la iniquidad suele preparar mejor las almas; las prepara para la redención. Cuando el botín se agota se debilitan los servidores de Huitzilopochtli. Y entonces en pleno desastre, cuando todo va quedando perdido, Quetzalcoatl aparece tranquilo y sereno. Pero con una serenidad que no está exenta de rayos y fulguraciones. El espíritu de Quetzalcoatl vuelve ahora sobre México y esto se conoce en la exaltación y el entusiasmo de las multitudes. A Quetzalcoatl se le reconoce en el hecho de que levanta a los caídos y enciende la esperanza en los que desconfiaban. Y pasa Quetzalcoatl por entre las vicisitudes, inflexible. Porque ni el éxito le doblega; ni con el éxito se compromete. Quetzalcoatl está por encima del éxito. Las aclamaciones hoy, los silbidos y las injurias mañana, o el vacío del miedo a su derredor, todo esto suena como los vaivenes del mar en la oreja sabia de Quetzalcoatl, oreja acostumbrada a los viajes y el cambio; por lo mismo que en el interior escucha el rumor que no cambia.

La nación mexicana entera está clamando por el retorno de Quetzalcoatl. Una vez más vamos a darle ocasión, una vez más procuraremos allanarle la senda, Otra vez como en antiguos días nuestros puertos están amenazados, peor aún, nuestras ciudades están invadidas, nuestros campos yermos, nuestra raza dispersa más allá de las fronteras. Y el viejo brazo hinchado de sangre de los sacrificadores de Huitzilopochtli está también ahora impotente contra las amenazas de afuera. Huitzilopochtli vencido en su orgullo delante de los dioses extranjeros que le hacen gestos de befa, se revuelve en su impotencia, Y aún en sus turbios ojos brilla opacamente una débil ansia; él también parece volverse al Dios del Bien como diciendo: «Ensaya tú, ya que yo fracaso. Declaremos una tregua y empuña tú el destino». Y el pueblo que ha escuchado el diálogo tácito se levanta movido de esperanza. Pero la envidia y la traición y la perfidia no se resignan y siguen soplando a Huitzilopochtli su ilusión de poderío, y a Quetzalcoatl quisieran intimidarlo. Pero Quetzalcoatl sólo tiene oídos para las voces de adentro.

En un libro profundo, profético, ofensivo, el gran escritor inglés Lawrence nos habla de la Serpiente emplumada, *The Plumed Serpent*. Y proclama la alianza de Quetzalcoatl con Huitzilopochtli. Alianza por fortuna imposible, porque ella nos conduciría a crear un México tal como lo quieren nuestros enemigos; un México bárbaro. Al contrario, el corazón mexicano sueña en una alianza con todos los servidores de Quetzalcoatl en el mundo. Una reintegración o una

integración de nuestra patria en la familia de las naciones que han aceptado la norma inflexible de Quetzalcoatl. La bondad y la cultura no son productos necesariamente extranjeros; la bondad y la cultura también pueden prosperar con caracteres firmes y autóctonos en nuestro suelo. Huitzilopochtli es autóctono en México pero también lo ha sido en todo sitio en que se juntan hombres. Y Quetzalcoatl que es del aire se sabe hacer de la tierra; sabe bajar a la tierra, pero no para amoldarse a ella; sí para imprimirle aliento. ¡Oh, México, tu hora es grave! O con Quetzalcoatl o con el nuevo imperio, que ahora más poderoso que el de los castellanos, avanza hacia el Sur, se extiende por todos los ámbitos. Y es fuerte porque conquista con escuelas. Trae en sus bajeles a Quetzalcoatl. Y así, Quetzalcoatl o sea la civilización tiene que triunfar en México. Si una vez más, sin embargo, degollamos a Quetzalcoatl autóctono, entonces ahora el castigo va a ser un Quetzalcoatl en inglés.

José Vasconcelos

Galdós

3.—*Véanse las dos entregas anteriores.*

El Teatro galdosiano.—En el Teatro, la inspiración de Galdós se remonta en vuelo aquilino hasta alcanzar inaccesibles regiones a las que les había sido dado llegar tan sólo a Sófocles, Esquilo, Eurípides, Shakespeare, Calderón. En el punto céntrico de la órbita sublime que va de ***Realidad*** a ***Santa Juana de Castilla***, hay una obra sin par que es como el sol de un maravilloso sistema planetario: ***El Abuelo***, que fué primero novela y después tragedia intensa y desbordante de ternura y de humanidad, en la que se manifiesta en toda su grandeza el alma de la raza; obra rara en la historia literaria, ya que no contiene intriga amorosa (casi todas, se puede afirmar, de una manera general, están construídas sobre la base erótica: representan el conflicto de una mujer entre dos hombres o de un hombre entre dos mujeres) y sin embargo interesa y emociona como pocas, pues, a pesar de no presentar el eterno tema de la atracción de los sexos, ni haber efusión de sangre, contiene todos los elementos de una tragedia humana y universal, proclamando el triunfo de la ley del amor sobre el derecho escrito, y sobre los prejuicios, las fórmulas sociales, las preocupaciones que el hombre se ha creado para complicar y hacer aún más penosa su mísera existencia.

Dignas hermanas de esta obra que vivirá en la dramaturgia universal al lado de las creaciones de Shakespeare son: ***Realidad***, prodigio de verismo, de humanidad, de análisis psicológico; ***La Loca de la Casa***, que exalta el sacrificio del ensueño, precisamente el más duro y doloroso, y prueba que el mal es necesario en la vida, porque sin él *«los buenos no sabrían que hacer ni podrían vivir»*. ***La de San Quintín***, en la que el maestro vidente y apostólico presintió, cuarenta años antes, el tremendo problema social que hoy conmueve al mundo en sus cimientos, resolviéndolo en el arte por medio del amor que nivela todas las diferencias. ***Los Condenados,*** aquella obra desconcertante y genial que, rechazada por el público en la noche de su estreno, en 1894, fué aclamada con verdadero delirio al ser revisada en el Teatro Español, al cabo de 21 años, en 1915. ***Doña Perfecta***, adaptación escénica de la célebre novela de la primera época. ***Electra***, la que triunfó ruidosamente y tanto apasionó a los públicos de España y América, llegando a ser un símbolo y una bandera política; la obra exaltada hasta el ditirambo y denigrada hasta el desprecio, la discutida, la calumniada por cierto partido político que vio en esa obra como en un espejo maravilloso, su propia, oscura y horrenda faz. ***Alma y Vida***, fantasía poética que se devana en plena región del ensueño. ***Mariucha y Pedro Minio***, de nobilísimas tendencias sociales. ***Amor y Ciencia***, la estupenda comedia dramática injustamente olvidada, en la que se esboza una nueva moral, contraria a los prejuicios y preocupaciones del antiguo concepto calderoniano del honor; ***Gerona***, adaptación del inmortal ***episodio*** del mismo título. ***Bárbara y Casandra***, palpitantes de emoción. ***Celia en los Infiernos***, una de esas obras amplias, apostólicas y sociales como las del abuelo Tolstoy, prédica inspirada en bien de los desvalidos, escapatoria al país quimérico de la igualdad humana; bello sueño de fraternidad en el que los de arriba y los de abajo se unen por el amor, fundiéndose sus diferencias al sol de la justicia. ***Alceste***, arreglo del inmortal drama de Eurípides, que al surgir en la moderna escena española, aparece como remozado por obra de la magia artística de nuestro gran autor, que introduciendo ligeras y discretas variantes en el texto griego, lo amoldó a maravilla a la arquitectura teatral de nuestro siglo, haciéndolo representable, empeño que el Maestro sí podía realizar, ya que la obra del genio sólo por el genio puede ser tocada. ***Sor Simona***, ese joyel de naturalidad, de ternura, de sentimiento. Algunas otras obras que no recordamos este instante. Y, por fin, ***Santa Juana de Castilla,*** remate y compendio de esta maravillosa dramaturgia, la obra de las postrimerías, en la que el poder creador se manifiesta pujante, fresco y lozano como en los años mozos, a pesar de la ancianidad, de la ceguera, del dolor y del infortunio, mostrando en toda su magnificencia la singular manera y las características del teatro galdosiano, teatro grande, eterno, vasto, desmesurado mismo y hasta algo caótico, de tal manera que da la sensación de estar escrito con zarpa leonina.

Todas estas obras han recorrido y recorrerán triunfantes los escenarios todos donde se eleva la sonora majestad de la lengua castellana, marcando un apogeo de nuestra literatura española. Sí, nuestra. Enrique Larreta acaba de decir en un bello discurso pronunciado en la Exposición de Sevilla: *«Ahora es cuando los americanos empezamos a comprender lo que vale decir nuestro Cervantes, nuestro Quevedo, nuestra Santa Teresa...»* Y es preciso añadir: nuestro Galdós.

El que pergeña estos renglones suscribiría, desde luego, la tesis de Pérez de Ayala que sostiene en uno de sus muchos y notables escritos que Galdós es superior al mismo Cervantes, ya que éste, si bien fue el primer novelista de su tiempo, no llegó a ser el primer dramaturgo; mientras que a Don Benito, una vez muerto Tolstoy, nadie pudo disputarle el puesto de primer novelista y primer autor dramático de sus días, en la literatura universal.

Y como resulta ya ocioso y casi impertinente seguir ensalzando una obra consagrada por la crítica, vamos a evocar en notas rápidas la vida del maestro, sintetizada en esta sola palabra: ***Trabajar.*** Efectivamente, Galdós no hizo durante su larga existencia otra cosa que escribir, escribir, escribir siempre. Así alcanzó a forjar su obra monumental que asombra y maravilla. Se ha dicho que ella sola vale en calidad y en cantidad más que la literatura de algunos pueblos y que, con las migajas caídas de su mesa podían alimentar su fama muchos escritores.

Los acontecimientos de la vida del hombre apenas si tendrían interés si todo lo que atañe al genio no fuera del dominio de la historia.

El Hombre.—Como descomunales ramilletes arrojados al océano por España se mecen cerca de Africa las fragantes Islas Canarias. Son jardines flotantes como las chinampas del Anáhuac. Parece que quisieran ir hacia América, impulsadas por la hélice del corazón de España; pero el Africa las detiene atrayéndolas con sus negros brazos. Islas de flores, de plátanos, de palmeras. Para el viajero que viene del Nuevo Continente, después de doce días de mar salobre, son un oasis de dicha. Son el trópico nuestro atemperado, afinado, europizado; y es nuestra lengua adorable y adorada la que sale a nuestro encuentro. Ese edén es lo último que queda en el Atlántico de un maravilloso imperio que estuvo para nosotros y que lo desbarató el inglés.

Canarias, la del Telde que eres peñón y grito
canario de Canarias, ¡oh dulce don Benito!

¡Dulce Don Benito! Fué un acierto del poeta de Caracas el llamarle así. Dentro de la boca de este león de las literaturas, como en la del león del pasaje bíblico, se encuentra el panal de la piedad humana. ¡Piedad para los desgraciados! ¡Piedad también para los felices!... ¡Piedad para él mismo! ¡Para todos piedad!

Galdós fué isleño, es decir fruto de un gajo arrancado de la matriz de la Gran Madre. Llevaba en su ser el ansia profunda de la integración. Por esto es el más español de los escritores de todas las épocas.

Nació en la ciudad de las Palmas, capital de la Gran Canaria, en marzo de 1843. Fué su padre el Coronel de la Independencia Don Sebastián Pérez y Matías; y su madre Doña María de los Dolores Galdós de Pérez, señora de una acendrada religiosidad y de un extraño carácter, hija de un vasco que fué enviado a las Islas Afortunadas como empleado del

Santo Oficio; por donde resulta nieto de un Inquisidor el espíritu más moderno de España. Su familia le educó en consonancia con su buena posición social. Y desde sus primeros años manifestó inclinaciones artísticas. Pero no en el campo de la literatura, precisamente, sino en el de la pintura: se conservan y hasta han publicado las revistas gráficas simpáticos dibujos y bonitas acuarelas, trabajados por Pérez Galdós en su adolescencia; y se ha averiguado que todos los dibujos que aparecen sin firma en la gran edición ilustrada de los ***Episodios Nacionales*** son del mismo autor del texto. Luego hizo lo que todos los jóvenes de espíritu: escribir en la prensa local; mas nada se ha conservado de esos primeros ensayos.

Terminado el bachillerato en el Instituto de las Palmas, Galdós fué a Madrid en 1862, a estudiar la carrera de Derecho, en la Universidad Central. Y, claro, no estudió; y fué, como todos los grandes hombres, mal estudiante. «*Don Benito*—escribió él mismo ya en sus últimos años—*estudió en Madrid la carrera de Derecho con mediana aplicación. Sus aficiones literarias crecían sin manifestarse. Algunos años transcurrieron en una labor puramente interna. Ensayos de drama y de novela, ocupaban su imaginación; mas nada publicó entonces. En 1866 y 67 aparecían algunos artículos suyos en el periódico LA RAZON, reseñas críticas y musicales. Don Benito no da a esos trabajos ninguna importancia.*» En 1868 asistió a los sucesos de la famosa Revolución de setiembre, y desde entonces fué testigo presencial de los principales acontecimientos históricos de su país, en la segunda mitad del siglo XIX y en los primeros del XX. Así pudo narrar la época de manera insuperable. La Guerra Europea la sintió en su sensibilidad conmovida, escribiendo artículos definitivos sobre la hecatombe máxima; artículos que ahora han sido acertadamente coleccionados por Alberto Ghiraldo. Galdós amaba los viajes: estuvo varias veces en las capitales de Europa. Recorrió palmo a palmo España, siempre en tercera clase, por sistema; y, donde no había tren, en diligencias, en carromatos, a caballo, en borrico, a pie, con el objeto de ponerse en contacto directo con los elementos populares, estudiando del natural tipos, usos, costumbres y caracteres para después llevarlos al arte.

En 1870 se revela Galdós como novelista con la publicación de ***La Fontana de Oro.*** Y aparece ya formado, maduro, sin ninguna vacilación que denuncie al novel. Esta primera obra obtuvo un éxito ruidosísimo, que fué festejado con un banquete memorable al que asistieron Castelar, don Juan Valera, Cánovas y otros personajes de las letras. A ***La Fontana de Oro,*** siguieron ***El Audaz, La Sombra, Doña Perfecta, Marianela, La Familia de León Roch.***

Fué en 1873 cuando Galdós concibió y empezó a poner en ejecución, escribiendo ***Trafalgar***, el magno proyecto de los ***Episodios Nacionales***, llevado al más eficaz de los términos, después de una labor de más de cuarenta años. Desde entonces, produciendo en raudal generoso, la mano creadora ya no reposa y cuando la terrible dolencia pone sombras sobre los ojos cansados de tanto ver, esas sombras no tienen fuerza bastante para velar el foco espiritual que, a pesar de ellas, continúa produciendo obras para los hombres con la misma pujanza, con el mismo brío, con la misma frescura que en los años de su juventud, colmada de dones. Sus obras postreras, plenas de vida, son tan sanguíneas, jugosas y fragantes, que nadie diría que son las producciones dictadas por un anciano casi ciego.

En 1894, cuando ya se le habían rendido la gloria y la popularidad, Galdós ingresó a la Academia de la Lengua. Pocos años antes había presentado su candidatura a la sapiente corporación, siendo derrotado. Su discurso de ingreso, que versó sobre la novela española, fué contestado por Menéndez y Pelayo con otra disertación igualmente admirable, en la que el gran polígrafo presenta un estudio panorámico, maravilla de síntesis y de sereno y certero juicio, de la totalidad de la obra galdosiana hasta ese año.

En 1886 fué elegido Diputado a Cortes por el Distrito de Guayama (Puerto Rico) al que representó durante largos años. Aquella querida isla hermana de nuestros países, estaba representada en el Parlamento por el más grande de los escritores de la raza. Hoy, desde que por el inícuo Tratado de París, los portorriqueños, sin haberles tomado ni siquiera consentimiento, como si hubieran sido borregos, pasaron al infamante dominio yanqui, tienen sobre sí el oprobio de soportar un gobernador norteamericano.

Galdós carecía de dotes oratorias, como casi todos los grandes prosadores, con la excepción de aquel torrente deslumbrante de Castelar. No tomaba parte en ninguna discusión ni pronunció discurso alguno, limitándose a votar siempre del lado de las izquierdas. En aquel tiempo estaba afiliado al Partido Liberal que dirigía Sagasta de quien siempre fué muy amigo. Después de muerto este Jefe y disuelto su partido, Don Benito Pérez Galdós aportó su nombre mundial a la Conjunción Republicana-Socialista en la cual figuró como uno de sus Directores. Fervoroso partidario de la causa del pueblo, estaba presente siempre en las grandes manifestaciones populares a la cabeza de Madrid, del verdadero pueblo, que no es cortesano ni monárquico, sino republicano y socialista. Y hasta cuando estaba ciego era emocionante verle del brazo de Pablo Iglesias y de Leroux, en los actos de rendentora afirmación. Cuando en 1913 se formó el Partido Reformista acaudillado por don Melquíades Alvarez, Galdós entró a formar parte de él. Pero como antes, como siempre, se limitó a prestar su nombre, que era una bandera, y prestigiar con su presencia los actos públicos, con lo que conseguía para la causa por él abrazada mayor efecto que toda una pléyade de oradores.

En fin, del Galdós político se puede decir lo que del Rodó político ha escrito Zaldumbide: «*La política no aceptó por entero al hombre de realización serena que en él vivía de acuerdo con el soñador sagaz. Apartóse suavemente, quizá con desdén compasivo de la lucha con las fuerzas inferiores que rigen el mundo de la acción. No tardó en recuperar con la soledad la limpidez de los mejores días*».

En 1911 comienza el declinar hacia su ocaso de esta gran vida potente. Entonces se le presenta la enfermedad en los ojos que la ciencia oftálmica logró combatir extirpándole las cataratas, las que, sin embargo, parece que se le produjeron después. A pesar de esa dolencia y de los achaques inherentes a sus años, Don Benito, con aquella su bondad ingénita, aceptó un cargo de tantos ajetreos como el de Director Artístico del Teatro Español, cargo que enalteció desde 1912 hasta 1914.

Parece que estamos viendo al anciano maravilloso sentado en un amplio butacón, en el fondo del saloncillo, cuyas paredes ennoblecían formando un friso en lo alto los retratos de los grandes dramaturgos españoles clásicos y románticos. Los mechones en desorden del cabello gris se pegaban como una guirnalda a la cúpula de la amplia frente: sus ojos, que vieron más allá de todo lo humano, estaban ocultos por unas gafasa humadas; la nariz recta terminaba en un grueso bigote casi blanco que le semi-ocultaba la boca cuyos labios se plegaban en un rictus de amargura o de cansancio, o de ambas cosas a la vez. Una de sus manos largas y descarnadas sostenía un cigarro puro que al ser fumado por el anciano le llenaba de ceniza de la que él no se preocupaba y que los visitantes no teníamos, cuidado de limpiar. Vestía con desaliño: una bufanda de lana se arrollaba a su cuello; un gabán negro de medio uso cubría su cuerpo hasta más abajo de la rodilla, el pantalón hacía ya tiempo que había perdido la raya; y los pies estaban calzados con unas botas negras y fuertes.

En las representaciones galdosianas había en el teatro dos espectáculos: primero el de la obra misma y luego, cuando caída la cortina sobre la creación, volvía a levantarse para presentar al creador. Alto, erguido aún, extendiendo las manos hacia adelante como suelen hacerlo los ciegos, buscando a tientas las manos de sus intérpretes, Don Benito Pérez Galdós se adelantaba hacia las candilejas a recibir las ovaciones de sus contemporáneos. Cuando la inolvidable María Guerrero sacaba de la mano a Don Benito, diríase que el genio y el verbo de España estaban representados en la conjunción del excelso dramaturgo y de la maravillosa comedianta.

César E. Arroyo

(Seguirá)

Nell

(Véase, léase *El Abuelo*, de Galdós.)

VIEJO Conde, extingue en tu corazón el fuego devorante de tus dudas; Nell es tu nieta, está amasada con tu sangre y representa las dos únicas cualidades de las más viejas noblezas: la frivolidad y el desprecio de los hombres que carecen de nombres nobiliarios o que no tienen fortuna. Nell es uno de tantos vástagos de las antiguas noblezas, un ser inútil para todo lo que no sea fiesta de representación.

Viejo Conde, tú buscabas en los rasgos del alma cuál de tus dos nietas era la verdadera; cuál habría de ser la continuadora de tu nombre, ya que tu fortuna había perecido a causa de tus torpezas o las de los tuyos. Fortuna amontonada por la rapiña de tus antepasados o por las dávidas de los reyes, que quizás pagaron con ellas las secretas ignominias de tus ancestrales abuelas, mal podías mantenerla incólume en una edad en que los hombres, para acervar tesoros, están obligados a un combate perpetuo o a una rapiña embozada de todos los momentos, cuando no es la violencia patente de un robo.

Cegado, más que por los años, por tu desmedido orgullo, no sabías distinguir la nobleza del corazón de Dolly y fué preciso que te vieras abandonado del mundo entero para que llegases a la convicción de que entre tantos seres sólo ella era noble.

Nell llevaba tu sangre, pero con ella no pudo ser otra cosa que frívola e insensible. Tu iracundia, tu salvaje orgullo, tus brutales instintos de viejo cazador, toda esa barbarie que tú llamabas tu sangre y tu nobleza, ¿qué podía producir en la pobrecita alma de Nell? Frivolidad y orgullo también.

Viejo Conde, ciego de temeridad, tú no pensabas que la herencia podría depositar en el desenvolvimiento de tu estirpe seres vulgares que reprodujeran aquellos otros seres vulgares que constituían los orígenes oscuros de tu nobleza.

Y tú, Nell, oías a tu abuelo recordar cuantos príncipes y reyes hubo entre tus antepasados: esa es una parte de la historia. Escucha rápidamente la otra.

Más allá de los príncipes y los reyes tus abuelos todavía más viejos fueron jayanes vigorosos e ignorantes, que se lanzaban sobre los demás hombres, en su estado de guerra, con una ferocidad de lobos. Acompañaban, siempre matando, saqueando, violando, a otro salteador que se llamaba jefe y luego rey. Estaban asociados para la matanza y para el robo: muchos de esos reyes fueron antes carniceros de oficio. Esos acompañantes, cuando se mostraban más feroces y más perros de presa, recibían del jefe, otro jayán matador, el título de *acompañantes*, que es lo que significa conde. De eso, de esa brutal barbarie, estás orgullosa, Nell. Esa *Pardina*, esa vasta propiedad que perdió tu abuelo, era una herencia de los antiguos robos cometidos en las personas de los miserables e indefensos campesinos. Ve, ha vuelto esa propiedad a los campesinos: es obra del trabajo que trae consigo la renovación de la nobleza.

Nell, tú vas a vivir lejos de Dolly. No diré que el destino te separa de ella, porque esa palabra es sólo una declaración de nuestra ignorancia; diré más bien, las diferencias de vuestro carácter. Tú, Nell, eres ya una mujer vulgar. Dolly lleva en el alma la renovación de la vida, representa la humanidad que vamos buscando unas cuantas almas de poeta perdidas en las inmensas muchedumbres de los rebaños de la tierra que nosotros queremos convertir en hombres. Del brazo de Dolly tú nos verás surgir con ojos de envidia, Nell.

R. Brenes Mesén

San José, Costa Rica, 1901.

Poesías de Jorge Carrera Andrade

(*Envío del autor*)

Costas del día

El pensamiento de los golfos
lo comentaban las velas.
Se habían comido los peces
la luna, gorra marinera.

Con sus alforzas de vidrio
giraba el mar redondo.
Al son de un viento de vitela
cantaban los mástiles sordos.

Llegaron las nadadoras
desde las costas del día.
Con sus agujas de sal
el aire en el puente cosía.

Dormían las islas ángeles
a las orillas del cielo.
En la canoa de una nube
remaba el sol marinero.

Curaçao

Todo el pasado va a anclar.
La alegría es un pez rojo
en la redoma del mar.

Hombres hormigas en cordón
pasan a lo largo de la tarde
en el entierro del carbón.

Se duerme el día holandés
con una pipa en la boca
y el mar indiano a sus pies.

El molinito del ventilador
muele finamente
el trigo grueso del calor.

El gallo avisa las horas.
Navegan en el horizonte
las estrellas pescadoras.

Una garrafa de cacao
reparte en la mesa extranjera
la luz niña de Curaçao.

Espejo de comedor

A Alfonso Reyes

Con escuadras y figuras
de cándida geometría
el espejo de comedor
edifica.

Iza planos palpitantes
hasta su nivel azul.
Toma medida de las cosas
con sus compases de luz.

Baraja certidumbres.
Esgrime diámetros.
Enfila luces.

Hiere su regla de cristal
la botella de agua, desnuda,
y un chorro oblicuo de diamantes
mana hasta la mesa oscura.

Los objetos
mueven en los hilos del aire
su telegrafía de reflejos.

Los colores estallan.
En las aristas felices
la luz bate las pestañas.

Piscina vertical
con diagonales de hielo.
Gemelos con la vida
los senos virginales del frutero.

Mundo animado
de resplandeciente conciencia.
Trigonometría de luces.
Visuales ideas.

La vida cortada en normas:
El salero es sapiencia;
las ostras memoria.

La pera es escultura
en los moldes del aire;
el café inteligencia
y el azucarero un ángel.

Temperaturas

La tierra viaja en invierno al polo.
La caída de las plumas de los ángeles
anuncian los termómetros.

Primavera lanzadera de cantos.
La vida colecciona
unos cuantos besos pájaros.

En la anchura del verano,
ante el trapo rojo del día,
se doblega la tierra
con las espigas banderillas.

Octubre: Guerra del tiempo.
Huelga de los vegetales.
Los campos pordioseros
mendigan con los lazarillos sauces.

El tiempo gira
con su dominó de colores
en los cuatro espejos
de las estaciones.

París, 1929.

La ciudad del poeta

= Del precioso libro *Enrique Heine. El poeta de nuestra intimidad.* BABEL - Buenos Aires - Madrid. 1927. =



Enrique Heine

Casa donde nació el poeta, en Dusseldorf

—Esta ciudad, señora, es sin duda una de las más hermosas de Alemania. Es hermosa, pero no es ilustre, porque en ella no ha nacido hasta hoy ningún varón famoso en las artes o en las letras...

Tal cosa dijo un día a la señora Elisabeth Heine, hija del respetable doctor van Geldern, el abate Daunoi, mientras se alisaba la peluca parda con sus dedos tristemente flacos, cuyas yemas ostentaban manchas de color castaño dejadas por el rapé. El abate Daunoi era un viejo emigrado francés que había olvidado en el destierro de Dusseldorf las heregías de los convencionales y los horrores del cervecero Santerre. Sólo conservaba en su memoria la imagen de las bellas amigas del barrio de la nobleza y las cartas de líneas borrosas en que una actriz de otro tiempo o una dama de blando corazón le hablaban de horas fugitivas y de encuentros amables. Vivía en la pobreza y enseñaba a los chicuelos de Dusseldorf el idioma divino de Ronsard. Sin embargo, se advertía en su lenta y mesurada palabra, en sus ademanes discretos y en el lustre de sus uñas cuidadas, la gentileza de un verdadero abate del siglo XVIII, que por una contradicción del destino hallaba buena hospitalidad y cordial acogida en la casa del Arca de Noé, casa judía, cuyo dueño era vendedor de tapices y cuya dueña admiraba a Rousseau y leía con reflexiva fruición las páginas del *Emilio*. En efecto, es en el saloncillo sobrio y tibio de la señora de Heine, donde se veía más al emigrado y es allí donde solía disertar, en presencia del rector Hugo, sobre los versos latinos de los colegiales y los epigramas del señor de Voltaire. A veces se conversaba de ingeniería, porque era la época gloriosa del Imperio y pocas personalidades de alto linaje dejaban de envidiar la suerte de los estrategas y el prestigio de los físicos; mas, nunca se levantaba la tertulia sin que se elogiase la ciudad, porque la señora de Heine, a fuerza de leer a Rousseau, tenía el alma sensible al paisaje. Es por eso que el abate Daunoi, en quien persistía el espíritu galante de su juventud transcurrida en los cenáculos cortesanos de París, jamás olvidaba agregar:

—Dusseldorf es una de las ciudades más hermosas de Alemania.

Y Dusseldorf era entonces una ciudad hermosa. Las fortificaciones habían sido convertidas en jardines y el sol, al caer sobre la calle del Canal y la avenida del Príncipe, iluminaba con gracia moderada, con suave romanticismo germánico, la estatua del pintor Cornelio. De noche, la luna envolvía el antiguo palacio del Elector, a fin de que los estudiantes y los tenientes se sintieran penetrados de melancolía al musitar al oído de las muchachas de la vecindad, estos versos de Lamotte-Fouqué, aparecidos un domingo en *El Almanaque de las Musas:*

> Tienes las pupilas verdes,
> verdes como las ondinas.
> ¿Tienen alma las ondinas?

Un poco más lejos, el Rin se deslizaba, quieto y nostálgico, animando con su melopea secular al laud del secular castillo, que mostraba en la ribera bordeada de tilos los negros ventanales que amaba Novalis, poeta triste y nocturno como el ruiseñor. Pero Dusseldorf no era una ciudad célebre a pesar de los jardines, de la Galería de Pinturas y de las tardas velas en que cantaban los marineros historias de raptos y de tesoros, a pesar de la puerta esculpida de la iglesia y de la cornisa lúgubre de la sinagoga. No caían en las fiestas viajeros ingleses, ricos barones de Suecia y magníficos príncipes de Rusia (que ya iban a París en busca de finos placeres) para recorrer los parques y comprar objetos, evocadores en los años finales de los itinerarios hechos a través del mundo. ¿Qué harían en Dusseldorf? ¿Acaso podía llevarlos el burgomaestre por la ciudad y señalarles un portalón derruido, un frontispicio resquebrajado y decirles: «aquí nació Hans Sachs, aquí nació Alberto Durero?» Dusseldorf gozaba de la celebridad vulgar y grotesca que le daban sus fábricas de punch y de mostaza. En la taberna de Auerbach, donde el doctor Mefistófeles hizo salir vino de los cantos de la mesa para mostrar a los estudiantes de Leipzig lo que podía y lo que sabía, se encomiaba el artículo diciendo:

—Este punch es de Dusseldorf.

En Nuremberga, cuando se reunían los cantores a celebrar la primavera y comian estofado de ganso de Hamburgo, saboreaban la presa comentando:

—No hay mejor ganso que el de Hamburgo, ni mejor mostaza que la de Dusseldorf.

El rector Hugo solía preguntar por eso a la señora Heine y al señor Simón de Geldern, que leía novelas y tenía la nariz como Cyrano:

—¿Cuándo se dirá en Hamburgo y en Nuremberga que no hay poeta más admirable que el de Dusseldorf?

La señora Heine, que no gustaba de los poetas, miraba con temor al pequeño Enrique y contestaba:

—Nunca, señor rector.

Y Simón de Geldern respondía mirando con secreta esperanza a su sobrino Enrique:

—Ya se diría eso algún día, señor rector.

Simón de Geldern amaba las aventuras extraordinarias, los duelos de los caballeros, los relatos de amores sublimes. Era feo, ridículo y jactancioso. En su altillo, en el fondo de la casa, colgaba del muro un tapiz oriental y una espada mohosa. Allí pasaba largas horas Enrique Heine para no estudiar las lecciones de geometría del profesor Brewer; allí hojeaba los libros franceses del abate Daunoi, con ejemplos de Racine y de La Fontaine, con pasajes de Bossuet y de Descartes. Sobre el ralo tapiz se veía una doncella con un cántaro y un moro de extenso albornoz, que se inclinaba ante ella con noble humildad. Enrique Heine tenía quince años, y encontraba a la doncella del desvanecido tapiz parecida a su prima Amelia, a la cual dió cierta vez un beso mientras vagaban entre los tilos. Pensando en la figura del tejido antiguo y en la deliciosa muchacha cuyos labios no se apartaban de su recuerdo, hizo —cosa de nada— unos versos que empezaban así:

> Todos los días digo al levantarme
> ¿vendrá hoy mi dulce amor?

Quiso mostrarlos al rector Hugo, mas no se atrevió porque el rector Hugo leía únicamente *Las Mesiadas*, y creía que los poetas no deben empezar las composiciones sin invocar las musas, según se deducía de las opiniones del maestro Schlegel. Quiso también leerlos al abate y tampoco se decidió. Los leyó al buen tío, al tío ridículo, al fantasioso Simón de Geldern, y éste se echó del altillo abajo, cayó al saloncillo y sin mirar quién estaba allí, declamó con aire trágico los versos destinados a conmover corazones en todas las lenguas y en todos los países. Nadie aprobó los versos, porque el saloncillo estaba desierto, y Simón de Geldern se retiró acariciándose la inmensa nariz, como era su costumbre.

Y Heine no quería estudiar más. Lo obligaron a trabajar en un banco para que fuera banquero como el señor Rothschild, le obligaron a trabajar en una casa de comercio para que se hiciera rico como el fabricante de punch. Heine hacía versos. Ya había hecho, al alojar en su casa a granaderos franceses, aquel romance triste y heroico:

> A Francia dos granaderos

La certidumbre de su suerte le comunicó el orgullo de los predestinados. Gustaba decir más tarde con dolorosa malicia:

—Rector: Dusseldorf será una ciudad famosa porque con el tiempo vendrán a ver la casa en que he nacido. Las *mises* se deten-

(*Pasa a la página 74*)

A propósito de un prólogo de don Luis Jiménez de Asúa

(Envío del autor)

HACE tiempo que debo a este intelectual ilustre de la España nueva, una declaración pública. En su libro, *Política, Figuras y Paisajes*, una obra llena de interés y de novedad, me ha mencionado generosamente. Ahora vuelve a hacerlo, en el prólogo de un libro que acabo de cerrar,—tras leído y pensado—, escrito por don Eduardo Benzo, bajo el título de *La Libertad de América* (1).

Sin aludir al libro, voy a referirme al prólogo. Empezando por quien lo ha escrito, vaya un saludo cordialísimo a don Luis Jiménez de Asúa. Como algunos me tachan y muchos me califican de decidido anti-hispanista, quiero insistir en mi admiración por ciertos españoles que, en mi concepto, son representativos, no de la España madre o madrastra de América sino del pueblo español hermano de los de América y hermano sin privilegios de mayorazgo. Jiménez de Asúa es uno de los espíritus más serenos y de las mentes más vigorosas de estos tiempos de flaqueza y de duda, quizá de gesta, que vive España. Me interesa grandemente su posición frente a nuestra América porque me parece la posición de un realista que ni se engaña ni engaña. Jiménez de Asúa no es, ni tan radical como el gran don Pío Baroja, quien no quiere oir nada de nuestros pueblos, ni sufre tampoco, lo que él llama con admirable certeza «el hipo hispano-americanista que llega a inconcebibles situaciones». En mi modesta opinión, entre los dos extremos hay que quedarse con don Pío, cuya actitud de desdén o de ignorancia frente a América, nos es más útil, que esa insoportable e insincera declamación del oficialismo español, «torpes zalameas» según Asúa, que corea toda la prensa derechista de Madrid sin excepción de *El Sol*. Jiménez de Asúa rechaza «la servil postura implorante de pariente pobre y viejo, que adula al familiar joven y poderoso», y no se une, con buen acierto, a la pretensión ingenua de los que en las esferas monárquicas de Madrid quieren a toda costa que esta nuestra América inmensa con cien millones de habitantes que hablan castellano, portugués, francés, quechua, aimará, maya, y zapoteca,—para no enumerar mas de las lenguas que hablan nuestros pueblos—, se declare hija total e inseparable de la España de ayer, de la de hoy y de la de mañana.

El punto de vista de Jiménez de Asúa es más sereno y más serio. Le parece prematura toda definición. Analiza y critica las existentes y deja la respuesta al futuro. Español de veras, es un español nuevo, porque no es fanático y por ende puede ver el pro y el contra de las cosas. Conoce mucho de América y adoptando una posición legítimamente liberal ha matado de un golpe, o por golpes sucesivos, que esto yo no lo sé, al inquisidor que la mayor parte de los españoles llevan dentro. Expresándonos en popular, diremos que es un español con quien se puede discutir. Caso de selección y de excepción muy digno de anotarse.

Es en la parte tercera de su prólogo al libro mencionado, prólogo que es modelo de brevedad y de claridad, en donde Jiménez de Asúa se refiere a «las tres expresiones que concretan la política posible de los pueblos de origen español», sin indicarnos si incluye genéricamente en esos pueblos al Brasil y Haití. «Panamericanismo Latino-americanismo e Hispano-americanismo.» Asúa dice: siguiendo su orden, que el primero representa «la amenaza imperialista de Norte-américa» el segundo «es de invención gala e itálica y trata de fundarse en esa imprecisa raza latina que los franceses resucitan cuando les conviene y entierran cuando les estorba». La tercera «es una expresión vagorosa y sentimental y como toda actitud del corazón se siente o no».



Jiménez de Asúa

Luego se refiere, mencionándome, a nuestra expresión aprista «Indoamérica», que según él, «sería de difícil legitimación en países como en Cuba, en los que el indio ya no existe o como en Argentina donde no es tomado en consideración y preocupa nulamente». Por eso, no se siente inclinado a recoger este vocablo parcial.

Esta cuestión de la denominación de nuestra América tiene en mi concepto especial interés. No creo que ninguna de las expresiones hoy usadas, sean de «invención» o de «cuño». Me parece que cada una de ellas corresponde a una época y forma de la evolución política y social de América y tiene un contenido histórico.

En la serie de conferencias que, a fines de 1927, ofrecí en la Universidad de México, sobre problemas americanos, dediqué una tarde a la discusión de estos términos. En mi opinión, el Hispano-americanismo corresponde a la época colonial, el Latino-americanismo a la republicana y el Panamericamismo es expresión imperialista yanqui. Indo-americanismo es la expresión de la nueva concepción renovadora de América, que, pasado el período de las conquistas ibéricas y sajonas, se estructurará en una definida organización económica-política y social, sobre la base nacional de sus fuerzas de trabajo representadas por la tradición, la raza y la explotación de sus masas indígenas que en total de la economía americana,—cuya unidad es indestructible—, representan desde la época precolombiana la base de nuestra productividad y la médula de nuestra vida colectiva.

Es verdad que los términos coexisten. Unos vocean panamericanismo, otros hispano-americanismo, estos, latino-americanismo y aquéllos indo-americanismo. Pero esta coexistencia tiene un significado social y económico. Hasta hoy en nuestra América, también coexisten y se oponen, diversos períodos de la evolución histórica que en otros continentes se suceden. En América tenemos la convivencia y la oposición simultáneas de todas las formas de organización social y de todos los grados de evolución económica, dentro de las fronteras de nuestro continente y aún dentro de las fronteras de cada país. Salvajismo, Barbarie y Civilización: Agricultura comunal primitiva, feudalismo, manufactura, industrialismo e imperialismo. Indios que nunca han sabido del uso de una rueda como instrumentos de locomoción han visto ya cruzar los cielos de sus montañas al aeroplano veloz. El señorito de Buenos Aires que juega golf y se viste en Londres, tiene como compatriota y conciudadano al indio semidesnudo del Chaco. Así en el Perú, así en México, así en Colombia, así en Centro-américa.

Esta indefinición, esta contradicción, esta justa posición histórica, si caben los términos, forma en gran parte la dialéctica de nuestro proceso evolutivo. Nuestra América ha sido y es campo de invasiones como lo fué Europa. Desde las inmigraciones y trasmigraciones precolombinas que tan bien estudia Pauli en un libro moderno (1), de Asia, de Indo-Europa y de Oceanía, del Norte hacia al Sur y vice versa, nuestra América ha sido campo de invasiones y conquistas inenarrables. Tres siglos de dominio español representan en nuestra historia un lapso de tiempo que nos parece semieterno porque está reciente. Pero es menos en tiempo que ocho siglos de dominación árabe sobre España, por ejemplo. Los árabes legaron a España una gran civilización y fundieron una raza o mestizaje meridional dejando un 10 % de raíces en su lengua, según los filólogos. Los árabes tendrían derecho a exigir de la gratitud española un nuevo nombre, Ibero-Arabia o cualquier otro así. Pero la invasión árabe fué eso, una invasión y determinó históricamente un movimiento de independencia en la que muchos hispano-árabes combatieron para librarse de la tutela de sus abuelos de raza. El factor religioso de esa lucha corresponde a su época y es menos definido que en la lucha indígena contra España. Empero, en ambas conquistas y «reconquistas» puede descubrirse las causas económicas que son resorte de todos los grandes fenómenos históricos.

En nuestra América, después de sufrir la invasión del feudalismo con la conquista española venimos sufriendo la invasión del industrialismo o del capitalismo iniciada por Inglaterra particularmente e intensificada y superada por Norte-américa después. Puede ser que la nueva invasión sea menos prolongada en esta época en que todo se acelera, pero es una invasión con sus caracteres propios, con su propia política y con formidables proyecciones sociales. En cuestión del porvenir si sufriremos otras. En el fondo de estas influencias conquistadoras de afuera, persiste un hecho económico; la conquista siempre busca riqueza y la riqueza siempre la trabaja, en grandes mayorías, el indio o su descendiente. Se calcula, por gente autorizada (2), en más de setenta y cinco millones el número de los indios de nuestra América. Vale decir el 75 %, aproximadamente, de nuestra población total. Aquellos indios, con su propia tradición, con sus propias lenguas, con sus propios dolores y anhelos, con su propio *gran problema*, constituyen en su inmensa mayoría fuerza de trabajo, «productividad», mano creadora de riqueza. Eso es hasta hoy, desde el punto de vista social, y dentro de la relatividad de todos los términos, lo eterno de América.

El Conde Keyserling, con cuya total filoso-

(1) *La Libertad de América*, por Eduardo Benzo. Edit. Cía. Ibero Americana de Publicaciones. Madrid.

(1) *Ensayo de Etnografía Americana*, Antonio Pauly, Buenos Aires.
(2) *Revista de Filosofía* An III N.º 4, pag 474. Buenos Aires.

fía no coincido, en su analisis de los Estados Unidos, ha recogido las observaciones del sicoanalista suizo Jung, autorizado investigador de la vida subconciente del yanqui. Para los que conocemos un poco Norte-américa, hay algo en las observaciones de Keyserling y en los estudios de Jung que es singularmente interesante. Ambos reconocen el poder del ambiente indígena conquistado sobre los pueblos conquistadores, «hasta ponerlo al nivel del indígena, del aborigen». Por eso dice Jung y aprueba Keyserling, que «el ideal nacional de Norte-américa es casi puramente indio, como lo aprueba la imagen o representación norteamericana del héroe, la idea norteamericana del deporte, india y no europea, como lo es igualmente la tenacidad y la concentración de un objetivo o propósito determinado». Esta idea que he alentado desde hace tiempo la he visto definida y concretada en el estudio de Keyserling y en los análisis de Jung presentados a la Escuela Prudemcia de Darmstadt. En 1927, hablando en el Instituto de Ciencias Políticas de Williamstown, en Massachussets, emití conceptos coincidentes en un discurso sobre el indio centro y sudamericano. El *New York Times*, publicó una síntesis de esos conceptos. Para mí siempre ha sido más que una simple expresión decorativa, un símbolo, esa cabeza del indio norteamericano que esta acuñada en el oro de algunas monedas de los Estados Unidos. La influencia del indio sobre el blanco de las Américas es indiscutible. El subconciente indio vive en todos nosotros. Entre el norteamericano y el inglés, existen en mi opinión mayores diferencias psicológicas que entre el norteamericano y el piel roja. No pongo por ejemplo el caso del vicepresidente de los Estados Unidos nieto de sajones e indios. Así en nuestra América. No importa que el indio no exista ya en Cuba o que «preocupe nulamente en la Argentina», afirmación esta última que creo puede rectificar Jiménez de Asúa conversando con don Ricardo Rojas o leyendo algo de la moderna literatura neo-incasica argentina entre la que hay un interesante y reciente libro de leyendas de Ernesto Morales [1]. Es cierto, es evidente, que la idiosincracia moderna de nuestros pueblos tiene mucho de aquella de los habitantes autóctonos de América. El chileno de hoy es tan enérgico y fuerte como el araucano de ayer. Así el mexicano, como pacífico el peruano (boliviano, ecuatoriano, nord-argentino y sud-colombiano). En Costa Rica hay indios apenas pero existe mucho de la psicología indígena y de la mejor y más pura. Algunas vez observé a yucatecos y guatemaltecos que en ambos pueblos se habla castellano «con acento y entonación maya». No han muerto en nosotros, ni las virtudes ni los defectos del indio. El meztizaje ha traído naturalmente promiscuidad. Y el negro, que es otra de las invasiones postcolombianas que han llegado a América, ha impreso enorme influencia, tanto en los Estados Unidos, tal lo anotan Keyserling y Jung, como en las regiones tropicales de la América que se extiende al sur del río Bravo [2]. Haití fué el primer estado independiente de los nuestros.

(1) *Las Enseñanzas de Pacaric*. Edit El Ateneo. Buenos Aires.

Me parece que Waldo Frank ha dicho verdad en sus últimas conferencias en la Universidad de México, cuando afirma que lo europeo va extinguiéndose o transformándose en América como ocurrió con lo asiático o ario en Europa. Inglaterra está cada vez más lejos de Norte-américa como España de nosotros. En aquellos nuestros países donde el progreso es mayor, el hispanismo es menor. Son los pueblos y regiones menos desarrollados de los nuestros, en donde vive la tradición española y donde abundan las gentes que quieren eternizar la influencia del coloniaje. Por eso, bien dice Jiménez de Asúa que el hispano-americanismo es «una expresión vagorosa, sentimental», pues, tanto como alcanzo a ver, sólo se alienta así, vagorosa y sentimentalmente, muy en especial por gente conservadora.

¿Es el latino-americanismo «una invención gala»? como afirma Jiménez de Asúa. Yo no lo acompañaría en su afirmación. Historicamente el latino-americanismo me parece una expresión «renacentista». Cercada la América por la Inquisición, vivía, intelectualmente, en

(2) Interesantes libros a este respecto: *The American Race Negro. A study of the Negro* por Edward Byron Reuter, New York y *The Negro in Our History* por Carter S. Woodson, N. Y..

La ciudad del poeta

(*Viene de la página 72*)

drán en este saloncillo, se pondrán los *impertinentes* y buscarán en la pared los retratos de mi juventud y dirán: «¡qué hermoso era el poeta!» Sabios profesores de Bonn y de Hildelberga vendrán a estudiar la arquitectura del edificio en que hemos vivido, para comprender mejor mis combinaciones métricas y mis ideas estéticas. En los institutos de Berlín, donde se odia a los judíos, se leerán mis versos y alguna princesa melancólica tendrá mi imagen en un marquito cincelado y mis poesías en un volumen encuadernado en piel de jabalí. Esta ciudad que usted ame será célebre porque yo seré célebre. Créame, rector Hugo, el ilustre Schlegel es un pobre diablo... Cuando yo muera...

La emperatriz Isabel de Austria, de humor huraño y de corazón generoso, leía constantemente el *Libro de los cantares* y veneraba la memoria del angustiado y terrible poeta, que murió en París, una tarde lluviosa de 1856.

Hacía muchos años que Heine no se movía de su sillón, cerca de la ventana que daba a los Campos Elíseos. Matilde, que no entendía sus versos alemanes, le dijo aquella vez que unos jóvenes con gorros colorados deseaban verle. La habitación estaba a obscuras. Al lado del poeta, el médico consolaba a Berlioz, que lloraba. Los jóvenes de gorro, eran estudiantes de Alemania, estudiantes que amaban la libertad y la poesía y, sabedores de que Aristófanes se moría, venían de su lejana ciudad a despedirse del ruiseñor alemán cantándole romances tradicionales. Heine se levantó penosamente un párpado para ver a los mensajeros de su tierra natal. Los estudiantes cantaron los *lieder* en que se evoca la vida de la vieja Germania de los bosques y del Rin, de las ninfas y de los gnomos, las estrofas del caballero Tannhauser, que conoció a Dama Venus y padeció por su amor.

Muchos lustros después, la princesa de Montignoso, reina de Sajonia, había escrito su nombre en el muro de la casa en que nació el poeta. La emperatriz Isabel colocó su busto en su silencioso castillo de Corfú, bajo el cielo de Grecia. El busto fué derribado por el emperador Guillermo de Hohenzollern, de quien dijo Heine a principios del siglo pasado: «Y Thor dejará caer su pesado martillo y aplastará las catedrales góticas» El destino ha castigado al enfurecido derramador de sangre, volteador de catedrales y de estatuas de poetas. En cambio, amamos a Dusseldorf y amamos al Rin porque en Dusseldorf nació el cantor de los romances y porque el Rin corre en sus versos, plateado por la luna de las noches plácidas, y en la ribera florida, en la copa de los tilos, se sobrevive en los gorjeos del ruiseñor. Y todos los que sienten penas de amor o tristezas de vivir, hallan en sus canciones su propio consuelo, porque una vez, un poeta judío desdeñado por los teutones, dijo melancólicamente en verso simple e imperecedero:

Soy un poeta alemán...

Alberto Gerchunoff

la Edad Media. Francia nos importa *de contrabando* una proyección del Renacimiento del paganismo en la acepción eminente del vocablo, del pensamiento latino resurrexo en Europa. Es innegable que nuestra revolución contra el imperialismo feudal español, tiene, intelectualmente, raíz liberal francesa, médula latina. Nuestro paradojal republicanismo se contextura en mucho «a la francesa». Bolívar es un latinista brillante y jura, románticamente, luchar por la independencia de América, desde el Aventino, frente a las ruinas de Roma, cuna de las concepciones clásicas de los derechos del demos. Los enciclopedistas, la revolución francesa y la legislación napoleónica de inspiración latina, acodan en América. La Independencia se inspira en Francia y varios países, entre otros el Perú, adoptan hasta la división política y la denominación burocrática de la república francesa. Haití, república negra que habla francés, se independiza antes que nosotros. Sus arcas ayudan cuantiosamente a Bolívar amigo del gran Petion, y cuando de México les piden auxilios económicos para la lucha contra España, hayan los haitianos que no tienen más fondos.

La expresión «latino-americanismo» corresponde pues, innegablemente, a nuestfa época republicana y responde más a ella que el restringido y colonial «hispano-americanismo». La explotación que los franceses puedan hacer de aquel vocablo es tan secundaria en importancia como la que los yanquis imperialistas y los españoles monarquistas hagan de los que unos y otros consideran los únicos posibles. Los tres tienen un significado histórico.

Los vanguardistas, los apristas, los antiimperialistas de América, inclinados a la interpretación económica de la historia, hemos adoptado la denominación Indo-américa como expresión fundamental. Las invasiones de las razas sajones ibéricas y negras como las asiáticas y del resto de Europa que nos han llegado, nos llegan y nos llegaron, han contribuído y contribuyen a contexturar la América nueva. Empero, pervive bajo todas ellas la fuerza de trabajo del indio. Si en Cuba ha sido extinguida y en la Argentina o Costa Rica muy absorbida, el indio sigue siendo la base étnica y social económica de América. Tanto el que vive dentro de la civilización en el presente como el que en inmenso número se agrupa todavía en primitivas organizaciones tribales. Con la raza india se fundirán muchas otras pero nuestra América encontrará su definición y su camino antes que esos setenta y cinco millones de indígenas hayan desaparecido. Cada invasión, cada conquista, ha modificado parcialmente la raza indo-americana, pero la base étnica de nuestros pueblos es aun definidamente indígena.

Los que vivimos esta época luchamos contra el imperialismo capitalista yanqui como los que vivieron hace cien años lucharon contra el imperialismo feudal español, francés y portugués. La dominación yanqui, si perdura, nos dejará también sus huellas profundas como la española. El período «latino-americano» que reemplazó historicamente al «hispano-americano» puede ser que sea sucedido por la etapa «panamericanista». Nosotros luchamos porque no ocurra así, especialmente por el contenido imperialista del concepto. Las consecuencias de esas tres expresiones que son consecuencia de invasión étnica, política, económica y espiritual, será el indo-americanismo que fundirá y definirá. La nueva revolución de nuestra América será revolución de base y de sentido indio. De conciencia o de subconciencia indígena expresados en una renovación económica y social. La revolución mexicana es un atisbo de este gran movimiento. Los países donde el indio no predomina en América, no podrán sustraerse a él.

Jiménez de Asua escribe en su prólogo que «todo fallo sería prematuro» para decir si somos hispanoamericanos o no. Creo que tiene muchísima razón y que su actitud es la única posible para un español que ha visto algo de América y que no se empecina. El fiene que aceptar que es ley histórica que la influencia del conquistador se extingue o transforma en los pueblos conquistados. Ni raza ni lengua tienen en el ritmo evolutivo de la historia garantía de eternidad. Muchos se empeñan en conservar la «pureza» de la lengua castellana, que es resultado de otras lenguas, producto de su descomposición y transformación. Todo afán por conservar purezas de razas y de lenguas es, bien lo sabemos, anticientífico. La superioridad expresiva de la lengua inglesa sobre la castellana se debe a que aquella es una lengua libre, sin academias ni inquisiciones, producto directo de la evolución económica y social de un pueblo, y la nuestra está restringida por la que «limpia, fija y da esplendor». Por eso en pueblos de mayor desarrollo económico como el argentino se ve ya que los viejos moldes del idioma se rompen al empuje de las nuevas necesidades. Largo sería extenderse sobre este punto.

Como no soy devoto de la historia heroica, episódica, creo en el determinismo económico de todos nuestros fenómenos históricos. Así me permito interpretar el descubrimiento y la conquista de América, el coloniaje, la invasión negra, así la revolución de la Independencia, así la república, el imperialismo del dólar, la migración europea y asiática, la revolución mexicana, nuestros movimientos antiimperialistas, etc. Estas causas económicas no excluyen lo heroico ni la influencia individual. Quedan, pues, a salvo Colones y Pizarros, Bolívares etc. ayer, como nuestros Zapatas y Sandinos de hoy. Creo que ellos no son causa sino instrumentos o intérpretes, guías, de movimientos y acaecimientos. Desde este punto de vista económico, no puedo ser hispanoamericanista. Creo que sería incurrir en «vagorosidad y sentimentalismo». El fenómeno económico de hoy no es hispanoamericano. Nuestros pueblos tienen ante sí el problema magno de una lucha entre el imperialismo, resultado de la organización y del sistema capitalista dominante en los Estados Unidos y las grandes masas nacionales de trabajadores en nuestros pueblos, en su mayoría indias. Es el problema social mundial, que en nuestra América cobra caracteres muy especiales, fisonomía propia, complejidad y trascendencia «muy americanas». Por ser nuestra realidad así tan nuestra, estoy francamente contra toda la especie de trepadores seudo-revolucionarios tropicales que repiten discursos europeos para resolver nuestros problemas. Ahora bien, ¿qué papel tiene España en todo esto? No alcanzo a verlo. Empero la cuestión es interesante y tiende a aclarar conceptos útiles para la definición ideológica de la nueva América. Los apristas defendemos la expresión Indoamericanismo como denominación de nuestro gran movimiento renovador y unitario, antiimperialista y socialista. Pero, si acaso, el debate queda abierto!

Con un público testimonio de admiración y simpatía a este gran español, don Luis Jiménez de Asúa, que por liberal avanzado, por sabio y por justo ha sido proscrito de sus cátedras de Madrid, como en los tiempos de esa Santa Inquisición, que en España parece inmortal.

Haya de la Torre

Berlín, octubre de 1929.

La contienda del Chaco

=De *La Nación*, Buenos Aires=

Tengo motivos para creer que el lamentable incidente fronterizo de la vez pasada, entre fuerzas de Bolivia y del Paraguay, puede repetirse de un momento a otro. La información del gobierno argentino estará ya al tanto, sin duda; pero basta la inseguridad en que todo aquello sigue, para apreciar dicha repetición como una probabilidad permanente. Trátase, en verdad, de una tregua; al paso que el asunto mismo, complicado por el choque militar, no es ya un litigio sino una contienda. Aquí está el peligro, que nos concierne también, no sólo a título de colindantes con delimitación inconclusa sobre el mismo terreno, sino en virtud de los valiosos intereses que, inmediatos y no, poseemos allá, bajo doble concepto económico y político. Tanto que, a mi entender, la cuestión no puede resolverse sin nosotros, o sin nuestro perjuicio en caso contrario, mientras somos también nosotros quienes pueden resolverla mejor. Considero así un deber de buen ciudadano la colaboración con este objeto, mediante el análisis racional y la proposición de medidas que, en el peor de los casos, servirán para sugerir el empleo de otras mejores, ya que el dilema antedicho excluye la posibilidad de una cómoda indiferencia.

No fué ésta, según parece, la actitud del gobierno actual; pues conforme se ha dicho, sin rectificación valedera, informado el presidente de la República sobre la inminencia del conflicto que se produjo, habría ofrecido una mediación lata e incondicional para resolver todo el litigio; proposición cuya ineficacia fué deplorable, sin duda, pero cuya buena intención puede inspirar otras ideas. En política internacional no hay más posición absoluta que el *casus belli*. Mientras no llega, todo puede arreglarse; y es precisamente de lo que se trata. Empezando en consecuencia por evitar el caso mismo.

A ello nos inducen tres móviles imperiosos: el deber de conciencia para con naciones hermanas cuya concordia y prosperidad son elementos de nuestra dicha; pues la política, en cuanto arte y ciencia, define un estado de superioridad espiritual. La conveniencia inmediata de la Nación en propender al fomento y

ganarse la buena voluntad de dos clientes naturales cuya preferencia aseguraríale incalculable rendimiento. El destino histórico y la determinación geográfica que la llevan a organizar la política del Plata como la expresión de una gran potencia federativa, formada por las naciones de la cuenca. Y recíprocamente, el aislamiento empobrecedor de cuerpo y alma o la subordinación a quien nos sustituya en la iniciativa de ese concierto ineludible como toda necesidad natural. O gobernamos el Plata o el Plata nos gobierna.

Tal fué el concepto profundo de las sendos guerras que sostuvimos contra el Brasil y el Paraguay. El mismo que ha de llevarnos ahora a buscar la prosperidad común en la paz y en el trabajo. Habrémosla alcanzado, y ojalá sea bajo nuestra influencia leal, cuanto antes se consolide en la concordia del buen derecho la soberanía de cada país hermano. Resultado que vale, ciertamente, mucho ingenio y modestia, mucha paciencia y discreción.

Ahora bien, es evidente que la Nación no debe mediar ni aceptar el cargo de árbitro, mientras no posea categoría de potencia o no se halle neutralizada. No se puede ser juez, y menos en materia internacional, sin tener los medios de sostener la sentencia, a menos de constituir una mera entidad de derecho que, por lo mismo, es infame desacatar. Pero eso no excluye otras intervenciones eficaces. Antes de proponer la nuestra, corresponde examinar el estado de la cuestión, así en lo concerniente a las naciones que litigan como en lo referente a nosotros.

Frustrados durante medio siglo los arreglos directos entre aquéllas, parece no quedar otro posible que el arbitraje; y ésta es, en principio, la opinión de ambas. Pero a ello se opone un obstáculo invencible hasta hoy: la fijación de la cosa arbitral.

El Gran Chaco que en globo la constituye, es una inmensa región, histórica y políticamente indeterminada, aunque contenida entre los ríos Pilcomayo y Paraguay; de suerte que el objeto de la discusión entre ambas naciones es el derecho a su posesión: vale decir lo que ha de delimitarse. No es, propiamente dicho, cuestión de límites, como la que debemos concluir de arreglar allá mismo, de acuerdo con el Paraguay, o sea la determinación del brazo principal del Pilcomayo; y el derecho de posesión que dijimos, deriva del *uti possidetis juris* de 1810, que constituía por definición un mero estado jurídico. Esa triple vaguedad efectiva torna muy difícil el arreglo directo, dimanando seguramente de ahí el principal motivo del reiterado fracaso que lo acompaña.

Bolivia sostiene que su sinceridad y su deseo de llegar a él compruébanlos cuatro tratados que, aprobados sin excepción por su congreso, nunca llegaron a votarse en el paraguayo; pero este hecho, más valioso, en suma, por su realidad que por su intención, si hemos de atenernos tan sólo a lo objetivo y preciso, indica con cuadruplicada fuerza la necesidad de determinar primero la cosa arbitral, sea ella territorial o jurídica, aun cuando fuese entre líneas imaginarias.

El arbitraje indeterminado es contrario a todo derecho; y bastarán dos ejemplos para probarlo: uno relativo a la Corte de La Haya, y el otro a nuestra propia codificación de procedimiento. El artículo 31 de la «convención para el arreglo pacífico de los conflictos internacionales», adoptada en 1899 y ratificada por nuestro país, prescribe que «debe determinarse netamente el objeto del litigio»; y el 52 de la de 1907 lo repite sin variación. Todos nuestros códigos de procedimientos establecen lo mismo. El de la Capital, que tomo por muestra, regla así el juicio de árbitros en el inciso 3.º del artículo 771, título XXVII; y el 772 declara la nulidad del juicio, siempre que falten las circunstancias expresas.

Semejante determinación, aun cuando su dificultad sea muy grande a no dudarlo, resulta, pues, indispensable ante el sentido común, la ciencia que lo codifica y la experiencia de medio siglo en el caso. El arbitraje no ha de ser, pues, «del» Chaco, sino «en» el Chaco. Pero si esto resulta fácil de entender, las circunstancias son actualmente desfavorables a su precisa aceptación. El *casus belli* se ha resuelto, pero el de fuerza continúa planteado. Y como ninguno de los países contendores tiene capacidad para resolverlo por las armas, la tirantez prolongada puede enconarse en la indefinida y agotadora belicosidad de una perpetua escaramuza. Pero esto equivaldrá a la ruina de una comarca que somos los más interesados en preservar. Ya recordaré nuestra situación de colindantes con frontera inconclusa sobre un río de grande importancia económica y estratégica. Bajo otro aspecto a la vez, la mejor comunicación boliviana del Chaco se efectúa por Formosa. La población ribereña del Pilcomayo, y los fortines bolivianos, comunican así con el Paraguay. Las dos principales y casi únicas explotaciones de la región: la forestal y la ganadera, desarrollánse con capital argentino o pertenecen a propietarios argentinos cuya protección vuelve más urgente la crisis de ambas industrias.

Pero hay algo mucho más importante aún.

Todo el comercio internacional del Paraguay lo absorben o lo regulan nuestras plazas. Y nadie ignora que, consolidada por el reciente arreglo entre Chile y el Perú la situación del Pacífico, Bolivia no tiene otra esperanza actual que su salida por el Plata. Ahora bien; si se exceptúa la vía férrea del Norte, todas las soluciones de ese problema están en la zona disputada: así la habilitación comercial del Pilcomayo y del Bermejo; la construcción del ferrocarril a Santa Cruz de la Sierra y la ramificación del Central Norte a Tarija: obras que llevan de postergación, desde treinta años a más de un siglo, puesto que la llamada canalización del Bermejo es del tiempo de Rivadavia...

Lo primero es, pues, impedir la guerra declarada o latente. Y esto puede hacerlo la República Argentina negociando un pacto de no agredir, con garantía recíproca y por tanto tiempo como sea menester; pues el progreso general, los intereses creados y el mejor conocimiento de la región y de los hombres entre sí, harán su obra con mayor eficacia. Ello sin contar todavía nuestra creciente influencia y la policía militar que a justo título podría confiársenos.

Hay para ello un antecedente de primer orden.

El protocolo Pinilla-Soler del 12 de enero de 1907 estableció en su artículo 7.º el compromiso «de no innovar ni avanzar las posiciones que en esta fecha existen»; añadiendo en su cláusula 3ª, que dicha condición «será fielmente observada bajo la garantía del gobierno argentino». Anulado aquel acuerdo que mereció en Bolivia general reprobación, por el del 5 de abril de 1913, convínose no obstante en mantener, hasta efectuar el arreglo directo o el arbitraje de la cuestión, el mencionado artículo 7.º del protocolo precedente. Mantenido todavía por el acta del 17 de junio de 1918, la delegación boliviana a la conferencia de

plenipotenciarios efectuada en esta capital, considerábalo subsistente «por espíritu de conciliación», el 25 de noviembre de 1927; y la paraguaya reafirmaba y ratificaba su vigencia el 12 de julio de 1928. El pacto de no agredir tendría, pues, fundamento establecido.

Por otra parte, la caducidad del documento originario, declarada de común acuerdo, suministra una base importante aunque negativa para la determinación de la cosa arbitral, con el objeto de volverla arbitrable: propósito al que deben concurrir como material de conocimiento los tratados faltos de sanción, pero no de efecto ilustrativo y moral; pues si la anulación concorde del primero viene a significar el reconocimiento de un límite inaceptable—el paralelo 20°30' y el meridiano 61°30' de Greenwich—la invariable aprobación de los otros por el Congreso de Bolivia, y su no menos reiterada desatención por el del Paraguay, plantean un problema de conducta reducible sólo por un interés superior. Este interés es la política del Plata, que un pacto de no agredir, condicionando la definitiva solución, permitiríanos concertar y establecer, mediante los recursos positivos que por nuestra parte he mencionado en conjunto; y no hay para qué añadir que sobre un concepto predominante de equidad. La República Argentina carece aún de poderío para imponerlo; pero el concierto del Plata lo tendría, contando en ella con su principal factor.

Dicha equidad, que ha de basarse en dos condiciones ineludibles: la determinación sustancial del objeto del litigio y la jurídica del derecho de posesión, anticiparía, acaso, con ellas mismas, su bienhechor efecto; pues nada extraño sería que establecida así la cosa arbitrable, el arreglo directo resultara posible, y de consiguiente innecesario el arbitraje.

El pacto de no agredir comprendería la neutralización y desarme de las posiciones ocupadas en la actualidad, al mero título de puntos peligrosos, pero modificables por la sentencia arbitral o el arreglo directo; es decir, sin validez implícita ni cuestionable a ese doble fin, salvo cuando se los hubiese mantenido en continua y efectiva posesión dentro de los últimos cincuenta y dos años. Por supuesto que todo ello, con el objeto capital de resolver definitivamente la cuestión a la mayor brevedad posible. Habría que proscribir, pues, todo expediente circunstancial o dilatorio, desde que los choques militares de la vez pasada comprobaron su ineficacia y hasta su riesgo. El pacto, suscrito y garantido por todos los países del Plata, daría mucho mejor la calma y seguridad necesarias para alcanzar el buen fin.

La República Argentina podría recobrar así la posición que en el asunto le corresponde. Ir a donde debe dentro de lo que puede. Que mucho y bueno es en verdad. Tenemos los medios económicos para encaminar la cuestión y acaso para decidirla. Y por lo que respecta al peligro, inmediato, si no inminente, el medio diplomático para impedir sobre el terreno el derramamiento de sangre y el encono, todavía peor que engendra, cruzando nuestras fuerzas, si fuere menester, entre los contendores exasperados. Nuestra garantía conservada por ellos mismos a través de toda decepción y vicisitud, representa eso o no significa nada.

Leopoldo Lugones

Bibliografía titular

(Se registran los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Publicado por La Nueva Democracia, Nueva York, está circulando en las Américas este libro de Don Ernesto Nelson: *La salud del niño.* Su protección social en la legislación y en las obras.

La Lectura, de Madrid, ha reeditado la primera *Guia de Pecadores* de Fray Luis de Granada. En la famosa colección Clásicos Castellanos.

Edición, prólogo y notas de Matías Martínez Burgos. Madrid, 1929.

Dos nuevas obras editadas por la Editorial Cenit, Madrid, llegan a nuestras manos:

Liam O'Flaherty: *El delator.* Novela. Trad. del inglés por Manuel Pumarega. Madrid, 1929.

Serie Prosistas extranjeros contemporáneos.

Arnold Zweig: *El sargento Grischa.* Trad. del alemán por Salvador Vila. Madrid, 1929.

Serie: La Novela de Guerra.

Otra editorial de Madrid que está llamando la atención: Editorial Jason.

Nos remite

La Sonata a Kreutzer de León Tolstoy. Trad. castellana de P. Alvarez del Bosque.

En la serie Los Novelistas de la Rusia Antigua.

Espasa-Calpe con dos títulos nuevos enriquece la serie interesante Libros de la Naturaleza:

Angel Cabrera: *Mamíferos marinos.*

Angel Cabrera: *Los animales extinguidos.*

Adquieran los maestros estos libros y allégueulos a las escuelas. ¡Que bien harían en manos de los niños lectores!.

El tomo XXXVI de la Nueva Biblioteca Filosófica acaba de llegarnos. Se titula:

Benjamin Franklin: *El libro del hombre de bien.* Madrid, 1929.

De la falta de buenos libros en español ya no podría quejarse el lector asiduo de estas patrias.

Otra obra famosa al alcance de todos:

Raimundo Lulio: *Blanquerna* (Novela). Compuesto en lengua lemosina y traducido fielmente en lengua castellana. Madrid, 1929.

En dos tomos elegantes y en la valiosa Biblioteca de Filósofos Españoles.

Las revistas:

Campo y Hogar N.° 1. San José de Costa Rica.

Nuestro amigo don Enrique H. Lee, con loables propósitos, ha comenzado a sacar este quincenario de variedades. Que tenga acogida, lo deseamos cordialmente.

Estudios. Publicación mensual y colectiva. Se edita en Valencia. España.

Trasladamos:

Estudios

Se supera notablemente cada número de esta revista, por su texto siempre interesante y selecto, cada vez más ameno y educativo, y por su presentación artística.

El número de Noviembre es irreprochable, y de él merecen citarse por su valor especial los trabajos *Cultura y Acción* de L. Ferriz, y *Cinematógrafo y Delincuencia* de Jiménez Asúa, entre otros de suma importancia.

La esmerada tricromía que ostenta su portada es una nota de arte y buen gusto.

Precio del ejemplar, 0'50. Pídase en los kioscos, o a su Administración: Apartado 158. Valencia. España.

Columbia. Revista latino americana de Cultura Política. Letras. Propaganda e Expansao continentaes. Río de Janeiro.

Trascribimos:

Rio de Janeiro, 28 de Outubro de 1929.

Illm.° Sr.

A redacçao da revista *Columbia* comprimentando-o vem avisar lho que está trabalhando para a approximaçao latino-americana para cuja realizaçao lançou o fundamento de una Sociedade de Intercambio Latino Americano que, centralizada no Rio de Janeiro (Brasil) disseminará pelas demais capitaes de America varias sociedades filiadas.

Tal associaçao, de caracter eminentemente pratico, visa:

a)—expandir o pensamento latino-americano na America pela diffusao dos melhores livros dos optimos autores americanos;

b)—receber, por meio de commisoes, os intellectuaes americanos em transito, introduzindo-os no meio culto dos diversos paizes, junto a imprensa, de modo a que se nao sintam estrangeiros em terras de America.

A redacçao esperando contar com o decidido apoio de V. Sa. poe a sua inteira disposiçao as paginas de *Columbia* para que ahi collabore toda a vez que puder concorrer para a obtençao de tao elevado *desideratum,* com trabalhos que se prendam a America o ao homem americano em todas as suas phases de civilizaçao.

Espera *Columbia,* por esse meio, diffundir mais facilmente em todo o Continente o conhecimento dos reaes valores latino-

americanos, una vez que ella circula en toda a America latina entre as elites do pensamento.

Um dos meios para se melhor collimar tal fim será que V. Sa. queira enviar á redacçao de *Columbia* notas bibliographicas o auto-bibliographicas de sua patria sem esquecer as personalidades de verdadeiro destaque do mundo das letras, des sciencias o das artes.

Agradecendo antecipadamente a acolhida que der V. Sa. ao appello da redacçao de *Columbia*, subscrevo-me, com elevada estima,

Director-Secretario,
Mario José Fernand

Redaccao de *Columbia:* Praça Floriano 37—Rio—Brasil.

De los autores:

Julieta Puente: *Voluntad y Redención.* San José, Costa Rica. Imp. Lines. 1929.

Fed. Hemriquez y Carvajal: *Etica y Estética.* I. Páginas breves.—II. Almas y libros. Sto. Domingo, R. D. 1929.

Fermin Estrella Gutiérrez. (Beauchez 231. Buenos Aires): *Los Caminos del Mundo.* Agencia Gral. de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

Juan Ulloa: *Matices.* San Salvador. 1929. Prologa estos poemas Salarrué. Volveremos con este poeta salvadoreño.

Antonio Iraizos: *José Rizal.* Habana. Molina y Cía. 1929. Nos tocó el ejemplar N.º 43, y lo estimaremos en justicia.

Armand Godoy: *A Martí.* Editions EXCELSIOR. París.

José Martí: *Poemes choisies* Traduits de l'espagnol par Armand Godoy. París. 1929.

Pietro Pillepich: *L'ultimo liberatore d'America, José Martí.* Roma. 1929-XII.

Ernesto A. Morales: *El Dr. Eusebio A. Morales ante la Historia.* (Apuntaciones y comentarios). 1929. Panamá.

Aristóbulo Echegaray (Baijorria 3556. Buenos Aires): *24 poemas para una muchacha querida.* Ediciones HOY. Buenos Aires. 1928.

(Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas entregas).

Estampas

Un caso de virilidad ejemplar

Póngase freno mular a la rapacidad extranjera

CADA vez que hay una voz levantada contra las fuerzas oscuras movidas desde los Estados Unidos hacia la esclavización de estos países, se oye decir a los conformes con el destino civilizador del capital del Norte que la obsesión y la mala fe son el aliento de esa protesta. No concibe el sumiso espíritus verticales, atentos a una patria de libertad máxima. Si se está alerta con el capital que emigra a clavar la estaca en suelos tropicales es, según el sumiso, por incapacidad para entender el ansia benéfica que atormenta a ese capital. Sin excepción los banqueros y los hombres de negocios y los indústriales yanquis son nuestros amigos y quisieran planear un mejoramiento total de cada republiquita centro y suramericana. Pero estos núcleos de obsesionados sólo son vientos contrarios. Las velas estan siempre desplegadas allá en el Norte en espera del impulso hacía acá. Sólo que de estos rumbos muy poco puede esperarse. Muchos obstáculos, muchas amenazas que ahuyentan ese capital civilizador. Si padecemos penurias es por esos grupos medio dementes que se pasan viendo designios protervos en la gente práctica del Norte.

Sin embargo, el destino es fatal y muestra su realidad en el momento propicio. El país está presenciando la lucha que los hombres del Gobierno actual tienen entablada contra la *Simmons Construction Corporation.* ¿Quién es esta compañía de nombre inglés? Aquí se ha afirmado que tiene sus raíces en los Estados Unidos y está constituida toda entera por súbditos de ese país. Cuando se contrató con ella muchos dijeron que era una compañía improvisada que había olfateado un espléndido negocio y había venido a realizarlo. Ninguna seriedad se le vió. Pero el reparo, a pesar de lo grave, no sirvió sino para seguir cimentando el juicio contra los obsesionados que combaten todo lo que registre factura norteamericana.

La *Simmons Construction Corporation* en cuanto tuvo asegurado el contrato se posesionó de los caminos, hizo trazados, fabricó puentes y alcantarillas. No obstante los aspavientoe no logró convencer de su seriedad. Era natural el suceso. Esa compañía no venía a cumplir, porque sólo la movía el negocio bien olfateado. Se encontró con un país sin un departamento de carreteras técnicamente organizado y pudo operar sin control. Mas no era posible que la rapiña continuara. Los funcionarios del Gobierno han adivinado los designios de esa *Simmons Construction Corporation* y le han puesto el freno mular. Cómo complace al ciudadano preocupado la actitud viril del funcionario honrado. Infunde esperanzas y da ánimo para pensar en serio en la salvación de nuestras instituciones. A esa compañía se la ha puesto, la ha puesto la palabra oficial, en una condición menguada. Y hay justicia en la condenatoria. Cuando los hombres vienen del Norte a cargar «indebidamente sueldos en las planillas mensuales» no tienen derecho a que se les dé trato diferente al señalado a la piratería. Cuando en una obra de tanta magnitud como ésta de la construcción de carreteras nacionales esa compañía «ha ocupado un personal técnico incompetente en los diferentes trazados que ha ejecutado», el estigma que debe ponerseles es el de la marca de fuego.

De entre el cúmulo de acusaciones tremendas con que ha golpeado la palabra oficial, la del Secretario de Fomento, a esa Compañía destacamos las dos anteriores. Confirman ellas que los hombres que la constituyen no han mirado en este país sino un campo admirable para el negocio. A ese negocio sin escrúpulos se ha opuesto el funcionario de la siguiente manera: «No puede dejar (el Gobierno) por un momento más tan cuantiosos intereses en manos de personas que no han revelado capacidad ninguna para manejarlos con acierto». ¿Se concibe que puede hacerse una acusación de tanta trascendencia sin que ese funcionario tenga la certeza del naufragio a que van irremediablemente los dineros de la nación? La *Simmons Construction Corporation* vino a su negocio.

El país ha contraído una deuda de millones de dólares para emprender en ese negocio de las carreteras. Ha habido el propósito de hacer un bien. Jamás animó a los hombres que le dieron realidad la idea malvada de esclavizarnos a deudas de cobro improrrogable. Pero del otro lado, del lado de los hombres venidos del Norte, sí ha estado armada la artimaña. ¿Cómo debe entonces el ciudadano vigilante tratar esas compañías trasplantadas a suelo propicio al negocio turbio? Como las ha tratado en esta ocasión el funcionario honrado.

No motejen a los que no aceptan ciegamente el capital norteamericano y al hombre norteamericano amalgamados en sociedades y corporaciones. El ejemplo de esa *Simmons Construction Corporation* debe recordarnos que casi todo lo que de allá emigra es a centuplicar inversiones. Y como el milagro no ha de realizarse a la luz del día se acude al fraude y todos los recursos que constituyen violaciones de leyes. Al final lo que como bien se planeó, no hace sino morir en una cadena de males para el país.

Por eso aquí esos obsesionados están vigilantes y señalan con justicia el mal que proyectará ese capital. Sólo que como no siempre clava los dientes a los ijares del Gobierno no se le inquieta y detiene. Cuando el ciudadano preocupado afirma que el mal del *trust* eléctrico constituirá una maldición y pide que se le fulmine, no esta sino obrando con la misma energía con que el funcionario honrado ha tratado a la Compañía inescrupulosa. Cuando analiza la explotación absorbente de la Bananera y reclama medidas que la contengan en su expansión territorial y la constriñan a libertar los medios de transporte y a acabar con el monopolio que ejerce sobre la producción de la fruta, aplica tan sólo los mismos principios defensivos que se acaban de emplear contra la Compañía fenicia. Cuando vueltas las miradas al «limpido azul del cielo» respira ese aire de libertad no contaminado y da vuelo a su aspiración de que sus rutas no se entreguen al dominio de nadie, se pone a tono con el sentimiento enardecedor que acaba el funcionario recto de oponer a la Compañía rapaz.

Confirma el suceso de la *Simmons* que

de los Estados Unidos sí salen organizaciones a esclavizar los países débiles y desorganizados. Pero confirma algo más y es que no hay que abrirles la puerta, no hay que dejarles clavar la estaca.

El error más grande es no medirlas con el racero de la previsión. Casi en su totalidad vienen movidas por la fiebre del lucro. Y esa temperatura las lleva a espansionarse con daño de nuestra libertad. De ahí que debamos contenerlas. El Gobierno ha dado un muestra ejemplar de virilidad. Los tímidos y los criollos al servicio de ese capital esclavizador han ido extendiendo la leyenda de que no debe tocársele en ningún sentido porque tras él aparecerá la amenaza del Gobierno norteamericano. Es cierto que fuera del móvil puramente lucrativo de ese capital está el móvil político. Pero no hay nada que pueda atropellar un gesto de decoro. Si la política del Norte considera justo fomentar en el exterior lo que las leyes de su propio país persiguen y condenan, esa política se detiene ante la actitud digna y resuelta de los pueblos. Lo fatal es humillarse, hacerle el juego al criollo que aconseja a ese capital y lo obliga a levantar la amenaza de una reclamación exterior. Si flaqueamos, que es a lo que quiere llevarnos dicha organización capitalista, nada nos detendrá en la pendiente de la humillación. Por lo mismo es ejemplar el gesto de nuestro Gobierno enfrentándose a las rapacidades de la Compañía que pretendió defraudarnos simulando pericia en la construcción de carreteras. No hemos de olvidarlo. Lo ostentaremos como lección al sumiso y al criollo descastado que grite contra nuestra actitud de vigilancia frente al capital venido del Norte. Por los que en el país claman un trato diferente y están día a día pidiendo una custodia mejor de nuestros recursos naturales, tierra, aguas, aire, por ellos es por quienes vamos a salvarnos de la esclavitud, o a perecer decorosamente.

Juan del Camino

Cartago y enero del 30.

¡Comprendamos mejor el *Apra!*

(Para *Rep. Am.*)

París, noviembre 7 de 1929.

Sr. Don

José Carlos Mariátegui
Director de la Revista *Amauta*.
Lima. América Latina.

Estimado Mariátegui:

Amauta ha acogido en su número 25 - julio - agosto — una nota inexacta suscrita en París con respecto a la organización, fundamentos doctrinarios y desenvolvimiento de las actividades del *Apra* en América Latina, y, particularmente, en cuanto concierne a la existencia de la Sección de París y su Centro de Estudios Anti-Imperialistas.

Creyendo que aquello podría originar una interpretación torcida de la realidad me apresuro a desmentirla sin entrar a discutir sus argumentos. En el interés mismo de la labor que *Amauta* cumple está la exactitud de sus informaciones. No muy buena será la impresión de los lectores de *Amauta* en el Perú cuando puedan enterarse de la lamentable ligereza en los procedimientos. Ni muy halagadora la de los latinoamericanos, trabajadores manuales e intelectuales que intuyen su razón de ser y no ignoran la verdad. Acepto la pasión en la polémica y en la defensa de ideas cualesquiera que ellas sean; pero la pasión que ilumina y da fuerza, no la que calumnia y desconoce.

* * *

El *Apra* es un partido de frente único, nacional-latinoamericano, anti-imperialista, autónomo, que propugna la realización de una etapa histórica en nuestra América.

Nuestra América—no la de Bunge sino la de Ingenieros—nos presenta, en su gran mayoría, una serie de pequeñas repúblicas aún en la etapa semi-feudal, cuyos problemas agrava la penetración del capital financiero. Siervos, proletariado y clases medias forman un cuadro desolador, frente a los señores de la tierra, adueñados del poder político para proteger sus intereses y aquellos de sus aliados, los reyes de la industria imperialista. La guerra por la conquista de los mercados para los capitales encuentra en América Latina uno de sus campos más propicios y la define como una realidad *semi-colonial*. Triunfante Estados Unidos de Norteamérica sobre Inglaterra en la mayor parte de los veintiún países que constituyen la familia latino o indoamericana, la venta de la riqueza ha avanzado paralela a la venta de la soberanía política, que las luchas denominadas de la independencia contra España y Portugal ganaran. América Latina, así, en conjunto, como realidad semi-colonial, se encuentra ante los Estados Unidos de Norteamérica como realidad imperialista, sin una soberanía política y bajo las directivas que la diplomacia del dólar le otorga.

El *Apra*, que aspira a ser el gran frente de trabajadores manuales e intelectuales en lucha contra el imperialismo capitalista que compra y los terratenientes feudales que venden, reivindica para sí la guerra por nuestra segunda jornada emancipadora, realmente emancipadora para nuestros pueblos, por cuanto ella se hace sobre la base de planteamiento económico de ambas realidades a fin de imponer una solución nueva, oportuna, adecuada de nuestros problemas económico-político-sociales, que sea capaz de crear lo que el Dr. Alfredo L. Palacios afirmaba en su adhesión con tanta propiedad: «la nueva cultura socialista en América Latina».

Como organización existente de 1924, se extiende con tal seguridad y estrategia, que, realmente, puede afirmarse que ha pasado ya —en algunos países— de ser un germen o una idea laudable agitada por hombres bien inspirados, para definirse como una efectiva e innegable realidad. Las luchas de los apristas costarricenses, las de las Antillas, así lo corroboran.

No seamos exigentes y hasta irascibles con el *Apra*. El fracaso objetivo de muchos organismos políticos con teorías importadas; constituidos sobre la base de minorías espurias sin ningún arraigo y sin ninguna visión realista de nuestros problemas, privadas de un conocimiento exacto de la realidad americana, no es una inventiva gratuita. Es un hecho concreto y acusador. No sub-estimemos el juicio sobre aquél, para sobre-estimar el que sobre éste se tenga o exponga. Seamos equitativos. Aprendamos a usar de la ponderación y del buen sentido para opinar sobre lo propio y sobre lo extraño, sobre lo que gana nuestra concordancia y sobre lo que nos conduce a la oposición. El *Apra* ha extendido su radio de acción de Sud-América a Centro-América y de Centro-América a las Antillas, y ha consolidado su ideología. Quienes sostienen lo contrario, o no siguen por preconcepto su desenvolvimiento y avance y son fácilmente sorprendidos por la propaganda de derecha o de izquierda interesada en presentar un *Apra* que la afiebrada imaginación descubre, o lo siguen interrumpidamente y obran por partidismo o por consigna.

* * *

El *Apra* ha incorporado el movimiento anti-imperialista en América Latina a la política, orientándolo hacia la solución más realista y menos utópica; defendiéndolo de los peligros que la falta de autonomía crea y dándole una ideología sana, revolucionaria, concorde con el momento histórico latinoamericano, de la cual el insignificante y vasallo anti-imperialismo precedente no podrá reclamarse.

De un movimiento de cenáculo, restringido por las limitaciones explicables de los partidos políticos de izquierda que lo auspiciaban, subordinado a seguir el curso de otras realidades, sin una teoría y una táctica propias, y sin una idea cabal sobre su significación histórica—dado el carácter semi-colonial de América Latina—el *Apra* ha hecho, luchando por mejores definiciones, un movimiento nacional latinoamericano cuya ideología es propia, es realista y es la histórica para la primera etapa de nuestra independencia.

De la tesis de los cuatro sectores en que el *Apra* dividiera la realidad latinoamericana (Congreso Anti-Imperialista de Bruselas, 1927)

para explicar y definir las etapas de la penetración financiera y de la política imperialista yanqui, avanza a la que especifica el rol de las clases medias en el movimiento anti-imperialista continental, y de ésta a su tesis sobre el *Estado Anti - Imperialista* y la *Revolución Anti - Imperialista* en nuestra América. (*El Anti - Imperialismo y el Apra*, Haya de la Torre. México, 1928).

* * *

El *Apra* no es un partido de intelectuales simplemente. El *Apra* no sólo es partido de trabajadores manuales. El *Apra* es el partido de los trabajadores manuales e intelectuales, aliados a las clases medias.

El *Apra* no es un partido de *élite*, ni pretende devenir un partido ortodoxo y cerrado al pueblo. El *Apra* pretende ser el partido anti-imperialista de la gran nación oprimida, del pueblo latinoamericano bajo el yugo del imperialismo capitalista.

Por eso conserva su autonomía y por eso sus actividades siempre han encontrado en la oposición a los que defienden el vasallaje, y en el partido —íntimamente solidarias— a las masas cuyos intereses defiende sin ambigüedades y sin limitaciones comunes.

Un corolario es el resultado de sus más trascendentes campañas.

El viaje de Haya de la Torre por México y Centro América, que Manuel Ugarte en carta de abril 24 me calificara con fervor lealísimo de «valiente y memorable campaña a la cabeza del *Apra*, cuya actividad levanta cada vez mayores simpatías», ganó la simpatía de miles de ciudadanos que hoy forman en sus cuadros. Los nombres de Froylán Turcios en Honduras, de Alberto Masferrer en El Salvador, de Joaquín García Monge en Costa Rica, sobresalen al lado de miles de obreros, campesinos, maestros de escuela, universitarios, estudiantes, pequeños propietarios de la ciudad y del campo y artesanos. La violenta expulsión de Haya de Guatemala, El Salvador y Panamá hasta Alemania, puede ser un indicio y una mejor definición.

La gira de la primera aprista del continente, nuestra admirable Magda Portal, por Cuba, Rep. Dominicana, Puerto Rico, Colombia y Costa Rica, incorpora también al *Apra* a los más valiosos núcleos de trabajadores manuales e intelectuales de esos paises.

Mientras ellos atacan, el *Apra* se extiende y trabaja en la realidad de nuestra América con heroísmo, con eficacia y sin prédicas divisionistas, afirmando su unionismo anti-imperialista en los ejércitos apristas de la segunda jornada emancipadora.

* * *

Su vida interna no sufre en lo absoluto las vicisitudes de otros partidos, donde la ideología y la disciplina no es compartida por la unanimidad. Dentro del *Apra* el acuerdo de los militantes es perfecto y la disciplina aceptada con alegría y responsabilidad.

Nunca ha sido mejor el cuadro del *Apra* que, precisamente, después de lo que *Amauta* califica de «Curso Nuevo». No sólo en sus secciones de Argentina y México v. g., sino también en la Sección de Paris y su Centro de Estudios Anti-imperialistas.

La nombrada «disolución» del *Apra* de Paris y su Centro de Estudios Anti-imperialistas expresada: no como derivación de un simple pase de bandola aprovechado por seis miembros (sobre veinticinco, excluidos los simpatizantes) para dar por terminada con su colaboración y fe aprista invitando *a los camaradas conscientes del Apra a afiliarse a las Ligas Anti-imperialistas, o a los Partidos Revolucionarios Proletarios, incorporándose así al movimiento anti-imperialista mundial*, sino más bien, intencionadamente, como un signo de descomposición del *Apra*, no ha afectado en sus más nimios aspectos la marcha de la referida sección. Por el contrario, el fin de este desacuerdo terminado con la incorporación de los referidos ex-apristas al «Partido Revolucionario Peruano», propiciador de un simple «Block Obrero y Campesino» como solución a las crisis del Perú, no puede ser un signo de descomposición cuando la organización interna y el desenvolvimiento de las actividades se han superado. Es más bien, una confirmación de aquel pensamiento que el respetable Lassalle escribía al genial autor de *Das Kapital* en una vibrante carta: «La depuration du parti le ranforce». (1)

Que en cuanto a Ud. mi estimado Mariátegui y a su interesante *Amauta*, lealmente quisiera que no llegara alguna vez a meditar con amargura en el célebre dístico de Ovidio: «donec eris felix...» «En la fortuna muchos amigos. En la desgracia muy pocos».

Con un saludo cordial su afmo.,

Luis E. Heysen

Comité Central de la Sección del ***Apra*** *en Paris*

Secretaría General: Luis E. Heysen; Departamento de Propaganda Sector del Caribe: Luis E. Enriquez (secretaría) Gerardo Loaiza, Julio César Zambrano; Departamento de Propaganda Sector del Pacifico: Alfredo González Willis (secretaría) Wilfredo Rosas, Horacio Guevara, Gregorio Castro, José Z. Ochoa; Departamento de Propaganda Sectores del Plata y del Brasil: Rafael González Willis (secretaría) Nicanor Castro, Gonzalo Gamarra, Neftalí García; Departamento de Disciplina: W. Rosas, N. Castro (secretaría); Departamento de Economía: L. E. Enríquez (tesorería) R. González W.

Centro de Estudios Anti-imperialistas: Dirección L. E. Heysen; Departamento de Biblioteca: A. González Willis, J. Z. Ochoa y G. Castro.

(1) Una exposición del Comité Central de la Sección del Apra en París y su Centro de Estudios Anti-imperialistas, marcaría los primeros progresos, logrados; ya que los segundos pueden recogerse por ej. en *Paris centre et sud Amerique*, en *Repertorio Americano*, en *La Tribuna* de San José de Costa Rica, setiembre 29, en *Claridad* de Buenos Aires, en *Renovación*, en *La Revista de Filosofía*, en *La Correspondencia de Puerto Rico*, 10 de oct. en *Folha Académica*, etc., etc.

Tablero
= 1930 =

La dictadura avergüenza a España ante el mundo

Señor Máximo Cuervo Radigales, Jefe de la Secretaría de la Presidencia del Consejo de Ministros.

Ha llegado a mis manos su amable nota del 8 de agosto, comunicándome que la ***Junta de Propaganda Patriótica y Ciudadana*** ha acordado donarme el libro del señor Pemartín sobre la dictadura española, haciéndome así objeto—son sus gentiles palabras— «de una pequeña muestra de afecto y de reconocimiento a mi hondo amor por España.»

Agradezco efusivamente la atención de ustedes, lamentando, sin embargo, que ese libro no pueda proporcionarme, como usted lo supone equivocadamente, «una íntima satisfacción por la paz y progreso» que hoy, según usted, vive ese generoso y noble país. Es claro, entonces, que no podré actuar, en ningún momento «de paladín propagandista» de los ideales de esa Junta, como usted con mucha ingenuidad parece creerlo.

Amo profundamente a España, y por eso considero una desgracia la dictadura que hoy la avergüenza ante el mundo.

Lo he dicho en muchas ocasiones, y me complazco en repetírselo a usted: La Dictadura española atentó a los fueros universitarios y al prestigio que invisten el talento y la cultura, arrojando de la Península al ilustre maestro salmantino don Miguel de Unamuno. Implantó un sistema represivo de la libre emisión del pensamiento y pretendió ahogar la voz de la ciencia del derecho, base de los pueblos cultos y alta conquista de la conciencia social. El desconocimiento de los derechos fundamentales del hombre denota la incapacidad de los que se apoyan en la fuerza organizada del Estado y la usurpan en su propio beneficio. Constituye, además, un baldón para el solar de nuestra raza, cuyos altos prestigios intelectuales y morales, fundados en un pasado de gloria, todos estamos en el deber de custodiar, como tesoro espiritual que pertenece a los pueblos ibéricos.

Para los argentinos no es respetable la autoridad de la dictadura, porque no está fundada en el consentimiento de los gobernados y porque se basa en la violencia, que no puede crear el derecho.

Se ha destruído la libertad, invocando el orden y el bienestar económico; pero el orden y el bienestar son compatibles con la libertad, y sin libertad el orden y el bienestar no son dones apreciables.

Ya ve usted, señor, que para quien piensa así el libro del señor Pemartín carece por completo de interés.

De todas maneras, créame usted su atento y S. S.—Firmado: ***Alfredo L. Palacios.***

(*Crítica*. Buenos Aires.)

Un comentario

San José, 21 de noviembre de 1929

Señor Director
del *Repertorio Americano*.
Pte.

En su instructivo semanario de cultura hispánica editado el 16 de presente, encontramos el siguiente párrafo tomado del servicio informativo de la prensa, postulado por el Presidente Hoover, que reza: ***Contra nuestro poder, los pueblos débiles tienen la defensa moral.***

No dudamos que esta frase encierra un alto sentido espiritual, en cuanto a saber compartir las flaquezas humanas, tendientes siempre a engrandecerse, estrujando las fuerzas superiores a aquellas que, aunque parezcan débiles, tienen un gran valor moral y por consiguiente, su defensa. El distinguido político Norteamericano da a conocer en esta frase, su doctrina tendiente a solucionar las crisis motivadas, en cuanto al poderío de los países que pretenden deprimir, de diversas maneras, la paz y el bienestar de una nación. Siendo, por consiguiente, una obra progresiva de acercamiento, hacia la cultura Hispánica, cuyo fin no percibe otro, que conservar la libertad por medio de enseñanza y de prestigio.

R. Sáenz Huete.

Imprenta Alsina (Sauter Arias & Co.) San José, Costa Rica.